



**¡Alzaos, fantasmas vanos,  
y os volveré con mis manos  
al foso de Montjuich!**



## La caricatura del número 41

A pesar de haberse aumentado la tirada del número anterior, se agotaron todos los ejemplares, y no pudieron servirse los muchos pedidos que después se nos hicieron.

Para remediarlo en parte, se han tirado seis mil ejemplares en cartulina, como ya se hizo con aquella otra caricatura en que aparecía Nakens crucificado por los clericales. Su precio es el de seis céntimos para corresponsales y suscriptores.

## UN VIAJE AL INFIERNO POR JOSÉ NAKENS

En esta semana se repartirá este folleto, cuarto de la segunda serie.

## El folleto jesuíta

Vénse todavía en las fachadas de los caseríos de España los balazos de la guerra civil; todavía vénse cuarteadas las fortificaciones batidas por los carlistas; vénse todavía brillar en los pechos de nuestros soldados las cruces y medallas ganadas en aquella lucha fratricida; todavía aparece en las cuentas de la nación el arrastre de la Deuda entonces contraída por el Estado, y lo que es peor, pasean todavía por nuestras calles los soldados mutilados por las balas facciosas y no se han secado aún las lágrimas en los ojos de las esposas e hijos que allí perdieron padres y maridos. Todavía en los pueblos de España resuenan como evocadores de la maldición los nombres de Cucala, Saballs Santa Cruz y Cabrera.

Y en tanto que el pretendiente don Jaime es recibido y acogido en el Vaticano como presunto cabecilla dispuesto a organizar sus facciosos contra el ejército nacional; en tanto que las autoridades de Barcelona han de prohibir a los jesuitas fortificar sus casas; en tanto que la prensa denuncia el contrabando y alijos de armas para los conventos al propio tiempo que el obispo de Santander predice la esperanza en *cauillitos* suscitados por el Dios de su ambición para entronizar en España la revolución inquisitorial y el despotismo romano; mientras esto ocurre, repárese por cuarteles y centros militares, con el título *La bandera y el soldado*, un folleto con firma de P. Remigio Vilariño S. J., un folleto que viene a ser halago falaz de la vil ramera tendiendo sus serpentinos brazos alrededor del héroe a quien quiere seducir. Y como Judit se prostituyó a Holofernes para poderle herir a mansalva, así la sierpe jesuíta

se arrastra vilmente ante el ejército español, invitándole a hacerse cómplice y pabellón de su repugnante iniquidad.

Si nuestros militares estuviesen debidamente prevenidos contra la astucia jesuítica, la lectura de este folleto bastaría para hacerles odiosa ese pretendido *escuadrón militar Loyolano*, negación de todas las virtudes militares, armazón de todas las cobardías, fragua de todas las traiciones, renegación de toda nobleza y valor. Escuadrón de la mentira, de la falsía, del disimulo y del engaño, con táctica de corsarios, de contrabandistas y de salteadores; con ordenanzas de pícaros y foragidos; con lema destructor de toda honradez y virtud humana. Que eso es el *ad majorem Dei gloriam*; coraza contra la honradez, contra la probidad, contra el honor; afirmación de la gloria de un Dios forjado a medida de sus propósitos y ambiciones, siervo y esclavo de la Compañía, que es el verdadero Dios de ese dios por ella invocado; gloria que sólo se obtiene con la deshonra y oprobio de los pueblos, de los individuos y de la humanidad; gloria de un dios colocado fuera de toda ley, de toda virtud, de toda moral y de toda justicia; dios que predica el regicidio cuando el rey no está sometido al jesuíta, y que enseña la tiranía del poder cuando el pueblo clama venganza contra sus maldades; dios que en Barcelona induce al ejército a fusilar a sus enemigos por dinamiteros, y que en Lisboa arroja bombas de dinamita contra el ejército.

Basta que un militar confronte las doctrinas de ese folleto con las enseñanzas de la Historia, para descubrir en sus páginas una burda red de embustes y de contradicciones, y resumir sus conclusiones en lo que es: un alarde cínico del ningún respeto que el jesuíta guarda a la verdad. Y al invitar con tal sarta de invectivas a los oficiales del ejército, insulta su capacidad mental, por suponerles incapaces de descubrir el grosero artificio de su labor, para lo cual necesitarían una ignorancia propia de los alumnos de los colegios religiosos, desterrada afortunadamente de las academias militares.

Pero, no; tal infamia no merece que un jefe o un oficial del ejército concedan beligerancia a su desdichado autor, envuelto en sus propias trapacerías. Sería honor excesivo el que recibiría un jesuíta con la refutación de un oficial. Contra el facineroso no se envía el ejército, sino el verdugo; no se forma juicio ni sumaria, sino que le acribilla sobre la marcha, sin proceso y sin ceremonia, el primero que da con él. Y esta es ahora mi faena.

### El 'homenaje' al ejército constitucional

«Homenaje al Ejército Español», pone de sustituto a su diatriba el autor. El homenaje va dirigido a un «ejército constitucional» que garantiza el fuero sagrado de la conciencia del individuo y prohíbe molestarle por sus ideas religiosas. El militar español es dueño de esa su conciencia; ante la bandera no hay más religión ni más moral que la ordenanza. El soldado, en nombre de la Disciplina, fuila al Papa cuando lo manda el jefe, o fusila a Ferrer. El guarda el orden en el Calvario durante la crucifixión de Cristo, quien declaró solemnemente su inocencia y su irres-

ponsabilidad. El llevó los jesuitas a puerto y él los desalojó de sus guaridas. El soldado es soldado y nada más.

Y Vilariño, que esto sabe, presenta el siguiente homenaje al ejército constitucional:

«Ejército sin religión... Libre Dios a mi patria de semejante plaga... Soldados irreligiosos... ni los tolero... les aborrezco... No serán para mí el ejército, sino la fuerza bruta y el atropello aunado, puesto al servicio del despotismo, del capricho y del mal... El soldado no religioso es un peligro para la sociedad... Los soldados anticlericales, sean simples reclutas, oficiales, jefes o generales, son los que más nutren las filas de la traición, deslealtad y rebeldía... La irreligión y el anticlericalismo, a medida que van creciendo, lo van destruyendo, desorganizando y pudriendo... En España... se han dicho cosas en secreto y en público que indican bien claramente que en el organismo de nuestro ejército se ha inoculado ya la viruela de la traición, los perversos gérmenes de la deslealtad... Todos los antimilitaristas son irreligiosos... La irreligión lleva por su propio peso a la pervisión en todos los órdenes, a la traición, a la rebeldía, al atropello, al regicidio, al parricidio de la propia patria. El ejército irreligioso... degenerará en rebano de traidores o en jauría de anarquistas... Un soldado español irreligioso me parece un enemigo vestido del glorioso uniforme de la milicia española... En el ejército español hay, no sé cuántos, que no miran con buenos ojos a nuestra religión...»

Y después de esta bandeja de insultos al ejército no clerical, el desmemoriado y el inconsciente jesuíta estampa estas dos afirmaciones: «Los amigos del ejército somos los católicos; cuanto más católicos, más.»

### La doctrina del jesuíta es ultra-anarquista

Digo que es ultra anarquista. A vuelta de perfidias, el jesuíta se abroga el derecho de declarar cuál es el ejército y el militar honrado y digno, y cuál no lo es; y al que él declara indigno, lo declara también traidor, pérfido, desleal, rebelde, antipatriota, perro anarquista, borrego traidor..., y por tanto, digno de ser cien veces fusilado.

El militar deshonrado que degrada y envilece el uniforme, según el jesuíta, es el anticlerical y el antijesuíta, el que se niega a defender y patrocinar la iniquidad jesuíta, el que no da su vida para que el jesuitismo pueda gozar tranquilo el fruto de sus rapiñas.

¿Qué diferencia va de esta doctrina a la doctrina anárquica antimilitarista? Según este código jesuíta, de igual modo que todo español puede y debe combatir y matar al soldado traidor al ejército nacional, puede matar a mansalva al militar anticlerical e irreligioso; y aunque se trate de todo un batallón, de toda una brigada, de todo un ejército, con sus generales, jefes, oficiales y reclutas, puede procederse contra él con petróleo, con dinamita, con todos los medios heroicos e irregulares de exterminio, porque entonces deja de ser ejército y pasa a ser un *rebaño* de traidores y *jauría* de anarquistas; bestias colocadas fuera del derecho de gentes.

No dijo más el más furibundo anarquista. También él ensalzaría y se haría amigo del «ejército amigo suyo», que le obedeciese a él, que le ayudase a él a implantar el anarquismo y que le protegiese en la propaganda y le guardase las espaldas en sus hazañas de destrucción. ¿Qué más habría querido Morral, el regicida de Madrid, sino un ejército



que le hubiese vitoreado? Lo mismo habría querido Ravallac, el jesuita asesino de Enrique IV. Eso mismo querían todos los criminales: una guardia civil que reconociese y venerase como «santo y religioso» al ladrón que robase y asesinase para Dios y para las almas del purgatorio, siendo él el administrador de lo robado.

Queda demostrado que el jesuita Vilarino es amigo «del ejército jesuita», y que «odia, detesta y abomina como plaga... como peste corruptora... al ejército antijesuita y anticlerical»; luego miente, como falsario pérfido, al fingir que canta las glorias del ejército legítimo, nacional y regular; la regularidad no vale nada para el jesuita: lo que le legítima al ejército y lo que da al militar el honor militar, es la «religiosidad clerical»: la patente jesuita.

#### *El jesuita predicando la rebeldía y la deslealtad*

Increíble parece que, subsistiendo la ley de jurisdicciones, Vilarino no esté en el recaudo de las cárceles nacionales, pues no tengo noticia de que se haya cometido mayor transgresión de las leyes.

Su folleto viene á decir al «general, al jefe, al oficial y recluta», que deben considerar como «traidor, como perro anarquista y como borrego pérfido... á todo militar aislado ó agrupado, superior ó inferior, que no sea «clerical»; y por tanto, que por religión, por patriotismo y por lealtad, deben desobedecerse, quedando fuera de las ordenanzas».

El contexto del folleto demuestra palmariamente el deliberado propósito de introducir en el ejército la división entre *clericales* y *anticlericales*, induciendo á los *clericales* á que traten como traidores á los no *clericales*, sean «simples reclutas, oficiales, jefes, generales ó ejércitos enteros».

¿No es esto preparar la rebeldía y anarquía en el ejército? ¿No es esto inducir y sugerir en nombre de la Iglesia al subordinado clerical la rebeldía contra su jefe que no sea marcadamente clerical ó tachado de anticlerical por los jesuitas? ¿No es esto predicar, aconsejar y ordenar como precepto religioso-ecclesiástico, no ya la desobediencia, sino el asesinato del jefe tachado de anticlerical?

#### *Quiénes son los militares «anticlericales»*

Según el contexto del folleto y según el conjunto de pastorales y escritos clericales, son anticlericales los ejércitos de D. Pedro el de las Navas que lucharon contra los ejércitos pontificios; lo son Gonzalo de Córdoba y Pedro Navarro, que asaltaron á Roma; lo son los jefes y oficiales que ejecutaron la orden de expulsión de los Jesuitas de Carlos III; lo son los ejércitos constitucionales que colocaron y sostuvieron en el trono á D.<sup>a</sup> Cristina contra la excomunión del Papa; lo son todos los ejércitos españoles que impidieron la publicación de la Bula *In Cæna Domini* y que al presente no guardan el privilegio del *cánon*; todo el ejército español es y fué siempre anticlerical, porque jamás estuvo sometido al Papa *more clericali* y porque jamás consintió la entronización del clericalismo en España.

Luego las acusaciones, insultos y dic-

terios del jesuita caen sobre todo militar español que admire á aquellos bravos jefes que lucharon contra el clericalismo.

Tal es el homenaje jesuita.

S. PEY ORDEIX

Del coche á la ventaniya  
pasó un fraile por aquí;  
iba tendiendo la mano;  
por eso le conocí.

## Precursores de asesinos

Nada puede ocurrir en parte alguna relacionado con el clericalismo, de que no haya precedente en España.

Con motivo de los tiros disparados contra soldados y paisanos por los jesuitas en Lisboa, nos hemos extrañado los unos y admirado los otros; pero es por no recordar que el ejemplo se lo dieron sus hermanos de Santander la tarde del 8 de Noviembre de 1903.

Para celebrar el triunfo alcanzado en las elecciones, recorrían los republicanos las calles de la población al son de *La Marsellesa*.

Al pasar frente á la residencia de los jesuitas, dispararon un tiro desde el edificio, y cayó muerto un niño de trece años. La indignación fué inmensa.

Unos republicanos trataron de reanimar el niño, otros apedrearón el edificio, y si no llegan fuerzas de la Guardia civil y de los municipales y dan una carga, probablemente hubiera sido incendiada la residencia de los precursores de los asesinos loyalescos de Portugal.

Circuló la noticia de la muerte del niño, se formaron nuevos grupos, y dirigiéndose á los conventos de pasionistas y carmelitas los apedrearón, rociando las puertas con petróleo y prendiéndoles fuego.

Acudió la fuerza armada, trabóse la lucha, resultando muchos heridos y un paisano muerto.

Dispersáronse por fin los grupos y los municipales apagaron el fuego.

Después, y al tratar los republicanos de acompañar el cadáver del niño, hubo también tiros, heridos, muertos...

Más tarde se declaró el estado de guerra...

Y como consecuencia obligada, se llevó á la cárcel á muchos republicanos...

Con que ya ven mis lectores que en punto á clericalismo, todas las naciones tienen forzosamente que venir á la nuestra en busca de precedentes.

Podrán ganarnos en industria, comercio, ciencia, pero lo que en este ramo de la brutalidad humana...

Ni pensarlo siquiera. Tenemos el privilegio de exportación.

Llegan en manadas frailes portugueses á Zumárraga, desde donde se trasladan á Loyola en coches particulares.

¡Lo que va á adelantar en aquel apartado rincón la industria de Explosivos!

## EL ASESINATO DE FERRER SE PROBÓ AYER EN EL CONGRESO

En la sesión de ayer (21) se levantó nuestro querido amigo Emiliano Iglesias á preguntar si se hallaban en poder del Gobierno doce ó catorce cartas que escribió Ferrer pocas horas antes de ser fusilado. Esas cartas, últimas voluntades de un hombre que va á morir, le fueron entregadas al capitán general de Cataluña, Sr. Santiago. El joven diputado por Barcelona preguntaba, á quien pudiera responderle, por qué aquellas cartas no habían llegado á quienes fueron dirigidas.

El Sr. Canalejas contestó sobriamente á Emiliano Iglesias, diciendo que nada sabía de tales cartas, y que si al encargarse del Poder las hubiera hallado, inmediatamente las hubiese hecho entregar á sus destinatarios.

El Sr. Canalejas habría procedido como un caballero.

¿Cómo calificar la conducta de los que interceptaron esas cartas y aun las guardan en su poder?

El general Santiago se apresuró, poco después de fusilado Ferrer, como descargo de conciencia, á hacer saber que las referidas cartas se las había entregado á La Cierva.

¿Por qué hizo eso el general, si á La Cierva no iban dirigidas las cartas?

Quizás porque La Cierva se las pidiese. No es posible suponer otra cosa. Sería demasiado celo el del general Santiago mandarle al ministro de la Gobernación las cartas que Ferrer escribió para su hermano, sus hijos y sus amigos!

La Cierva las pidió, ¡no cabe duda! La Cierva las abrió, las leyó y las guardó.

El ex ministro de la Gobernación del Gabinete Maura, violó la correspondencia privada de un hombre, que sabiendo que era inocente y que iba á morir, no pudo ni pensar siquiera la horrible monstruosidad de que la hiena que lo asesinaba iba á privar á sus hijos, á su hermano y á sus amigos, de los últimos adioses, de los últimos besos...

Cuando La Cierva recibiera aquellas cartas, Ferrer ya estaría enterrado.

¿Qué interés le llevó á esa hirsuta fiera á romper con mano firme y ánimo tranquilo aquellos sobres y leer el contenido de las cartas?

¿Cómo no respetó aquella correspondencia, doblemente sagrada por la muerte?

Ferrer ya había expiado el delito de que se le acusara; la vindicta pública y la «Defensa Social» de Barcelona, podían ya estar satisfechas. Saldadas las cuentas con la justicia, las horas de capilla eran de Ferrer, le pertenecían. Los pensamientos íntimos de aquellos amargos momentos, los dedicó á sus hijos, á sus afectos más caros. Robarle aquellas cartas aquel hombre, es peor, más abyecto y miserable que quitarle la vida. Los bandidos han respetado las últimas voluntades de sus víctimas. El cabecilla carlista que hizo célebre la sima de Igúzquiza con sus espantables crueldades, preguntaba á los que iban á morir: ¿tienes algún encargo que hacerme para tu familia?



Aquel monstruo que manchó con sus crímenes las guerras civiles y quedará en la historia como un baldón, tenía más calor de humanidad que ese ex ministro conservador, que aun tuvo el valor en las Cortes de decir que legaría á sus hijos un nombre honrado.

Si á Ferrer le hubiesen dicho: Esas cartas que escribes, en esta hora suprema de verdad y recogimiento, á tus hijos y á tus íntimos, no llegarán á su destino, las leerán ojos extraños é inquisitivos que quieren saber lo que piensas en la hora de la muerte; esas cartas las leerá un ministro, que no contento con tu cuerpo atravesado por las balas, quiere bucear en tu pensamiento, en lo hondo de tu conciencia. Como no has querido confesar con un sacerdote, quiere ese hombre conocer tus secretos al despedirte de la vida.

No des consejos á tus hijos, ni besos á tu compañera, ni abrazos á tus amigos; todo eso irá á parar á un expediente de recortes de periódicos y cartas privadas, que clasificará luego con frialdad un oficinista cualquiera.

Si eso le hubieran dicho á Ferrer cuando escribía en la capilla, se hubiese muerto de espanto.

De espanto, porque ese robo de las cartas, esa expoliación inícuca de un patrimonio moral, mucho más respetable que cualquier otro, revela un ensañamiento y una maldad no concebibles, ni aun por un hombre que espera la muerte siendo inocente. Se concibe una equivocación de la justicia, un apasionamiento político, un asesinato sectarista; pero no el embargo, el secuestro de los últimos latidos sentimentales de un corazón de padre, de hermano y de amigo.

¿Por qué La Cierva no entregó esas cartas después de leídas?

¿Ha pensado La Cierva en el sufrimiento angustioso de una hija, que sabe que su padre le ha escrito en la hora de la muerte, y la carta no llega?

Ese detalle macabro de las cartas de Ferrer interceptadas por La Cierva, explica al más rudo psicólogo la causa única del fusilamiento de Ferrer.

Aquel hombre murió, no por lo que pudiera haber hecho, sino por lo que pensaba, por lo que tenía en lo íntimo de la conciencia.

Esas cartas leídas por La Cierva indican lo que fué todo aquel proceso. ¿Para qué insistir?

¿Hay algún hombre honrado, algún periodista digno que se atreva á defender, ni siquiera á disculpar, el secuestro de las cartas de Ferrer?

\*\*\*

Queremos recordar que en el Congreso se formó una especie de tribunal de honor para juzgar á un diputado que se apoderó de una carta que no iba dirigida á él, y utilizó las noticias que en ella se contenían.

Abrir cartas, violar correspondencia privada, es cosa infamante que descalifica á los caballeros.

Si la existencia de los «gabinetes negros» halla disculpa en los altos intereses políticos que un ministro está encargado de salvaguardar, no puede invocarse el interés de gobierno en un caso como el de Ferrer.

El presidente del Consejo, en la sesión de ayer, al contestar á Iglesias subrayó, y no poco, sus palabras al de-

cir: si yo hubiese tenido esas cartas en mi mano, lo hubieran estado solamente el tiempo preciso para hacerlas llegar á su destino.

Es de tal índole moral lo que ha hecho La Cierva, que su presencia en el Congreso de los Diputados es una afrenta para la tribuna parlamentaria.

Si el que esto escribe fuese diputado, pediría á la Cámara la expulsión del ex ministro conservador, y si eso no fuese posible, por los tiquis miquis del reglamento, solicitaría que se le obligara á sentarse en un escaño aislado, porque como hombre y como político, La Cierva merece un lugar aparte.

EL RADICAL

Tengo una pena conmigo que á nadie se la diré; la de haber ido á la iglesia cuando muchacho una vez.

## Cosas de España

Señor Director de *El Cantábrico*.  
Mi querido amigo. Leo y copio:

### Solemne ceremonia

CEUTA.—En la Catedral se verificó ayer, con asistencia del comandante general de la plaza y general Zubia, y ante respetables Comisiones militares, el acto de la entrega á la Virgen de Africa del bastón de mando del general gobernador.

Concurrió mucho público. Una compañía del regimiento del Serrallo, con bandera y música, hizo los honores.

El nuevo gobernador, general Alfau, declaró que se complacía en hacer lo mismo que hicieron sus antecesores en el mando.

La comitiva se trasladó desde la Catedral al santuario de la Virgen.

En el camarín de nuestra Patrona se verificó la solemne ceremonia de depositar el bastón al pie de la imagen.»

Y después digo: ¿Pero es verdad que todos los gobernadores de Ceuta entregan su bastón de mando en el camarín de la Virgen, ó que es ahora un mérito para un general el hacer estas cosas?

Si lo primero, ¿para qué querrá la Virgen tantos bastones, y qué va á hacer ella con ellos? Desde luego, aquel camarín es un parque de Artillería, y si con cada uno de los bastones se da de palos á los moros, podremos señorearnos de Africa. Pero es lo malo que ellos compran fusiles y no se los dejarán dar, aunque nos proteja la Virgen. Y como este señor general no tenga otros elementos para hacer respetar la bandera española, tendremos que arriarla como en Filipinas, donde aquella señora que no quería perder su alma nos hizo perder las colonias.

Si lo segundo, eso de disponer que vayan Comisiones militares para honrar estos actos, y de hacerlo, además, con bandera y música, me recuerda que cuando yo estaba en el servicio oí decir que la Virgen del Pilar tenía honores de capitán general, y la de Valencia de general de división, y San Antonio de coronel; pero nunca oí nada de los honores que correspondían á la Virgen de Ceuta. ¿Cuáles le ha rendido el señor general gobernador? Porque eso

es muy importante: la de Zaragoza de capitán general y la de Valencia de general de división, y hay que tratar á cada una según su categoría.

¡Ah, pobre país! ¡Ridículo país! ¿Es con estas supersticiones y estas idolatrías como vas á levantar el espíritu militar y á disponer el Ejército para el cumplimiento de su deber? ¿Es eso lo que va usted á hacer, señor Canalejas, dando mando á esos generales?

Pues con esto no se hace más que un país de majaderos.

BALDOMERO VILLEGAS

## Corazón filarmónico

En Huelva hay una banda escolar del Sagrado Corazón, y de ella dice una revista del gremio:

«En fin, que la banda escolar del Sagrado Corazón es una banda muy aceptable por obra de las almas buenas y gracia de su Amo el Sagrado Corazón de Jesús.»

Cuando los clericales, que elogian hasta las suciedades de la Biblia, sólo se atreven á decir de esa banda que es *aceptable*, valiente murga será, ¡Pobres de los oídos que se le pongan á tiro!

Aunque lo gracioso aquí no es eso, sino lo del Amo. ¡El Sagrado Corazón metido á empresario de conciertos! Nunca lo hubiera creído.

¡Futro, y qué animales son los tales por cuales de los clericales!

Anda ve y dile á tu mare que te pele y que te monde, que te quite de monago y que te enseñe á ser hombre.

## La tromba

### Víctimas de la Iglesia

El convento de Santa Isabel, de Gracia (Barcelona), está de enhoramala. Sobre él se está formando la tromba de la venganza popular, que apenas puede contener y desviar el pararrayos del proceso que al parecer ha abierto la justicia española...

¡La justicia española!... Hay que decirlo así; diciendo *justicia* á secas, la frase resultaría equívoca.

La justicia española no es como las demás justicias... Parece que no debiera haber más que una justicia humana, pero no es así; hay una justicia pontificia, que consiente en utilizar la razón y la sinrazón para avasallar al mundo; hay otra justicia jesuítica; hay, por fin, la justicia ciervuna.

La justicia española se caracteriza por dos cosas: por el monopolio que sus funcionarios intentan ejercer sobre el conocimiento de los hechos criminales, que se divulgan contra ley en determinados casos (por ejemplo, el de Ferrer, en Barcelona; la sentencia del abad de Soria, en Madrid), y que en otros casos, á pesar de la ley que manda divulgar-



los, no se divulgan (por ejemplo, el caso de Rull, el proceso Ferrer, los procesos de frailes y monjas, el proceso abierto en Osuna sobre mañas de la habilitación del clero, etc.)

Del convento de Gracia ha salido destrozada materialmente una niña allí asilada, hija de la viuda de un inspector de policía. ¡Ya lo ven los inspectores!... Quizás, y sin quizás, el padre de la víctima sería uno de los ocultadores de los crímenes conventuales, cubriéndolos con el manto del prudente y piadoso silencio.

El silencio del padre era necesario é indispensable para que las monjitas, protegidas durante la vida del padre policía, pudiesen conservar el prestigio que les hiciese posible la violación de la hija después de la muerte de aquél.

Así es el mundo y así es la vida.

¿Qué diría hoy el inspector, tratándose de su propia hija? Diría... lo que dirán los inspectores de hoy si algún día sus hijas son violadas, destrozadas y corrompidas como esta infeliz criatura.

Quien dice inspector, dice juez, magistrado, fiscal y ministro. En los conventos y asilos hay hijas, nietas, sobrinas y parientas de toda suerte de oficiales y oficinistas. Hay hijas de guardias civiles, hay nietas de duques, marqueses y condes...

Es delicioso esto: que el silencio inícuo del padre ó del abuelo sirvan para luego hacer víctimas á los suyos... ¡Cosas de la historia! ¡Cosas de la estulticia humana! ¡Cosas de España, en donde el padre no piensa en el hijo, ni el abuelo en el nieto, y los endogalan y entregan al enemigo!...

Seguirán callando los inspectores; velando por el falso honor de los conventos los jueces y magistrados; merced á la ocultación de los delitos, conservarán su crédito monjas y frailes, é irán acudiendo á sus cuevas las tiernas criaturas, é irán sufriendo violaciones y desgarras; y rueda la bola, y venga hablar de ley, de justicia, de orden, de vergüenza, de honor, de sentido común y...

Váyase formando la tromba del odio popular, para que un día estalle como en Julio de 1909..., es decir, peor que en 1909; porque, sí, será peor..., mucho peor..., ¡muchísimo peor!...

Porque Maura es Maura, y Canalejas es no sabemos qué, y la Lógica es siempre Lógica.

¡Tapen, tapen el crimen! Así se hincha la tromba.

UN DOCTOR MODERNISTA

¿De qué le sirve á tu mare  
echar llave en el corrá,  
si ar cura le abres tú siempre  
por la puerta pensipá?

## Cobra y no pagues

Llegaron á Caspe dos Hermanitas de la Caridad y alquilaron un chiquillo

para que les subiera el equipaje desde la estación.

Al pedirle él lo convenido (cincuenta céntimos), dijéronle que se pasara por su alojamiento al siguiente día.

Acudió á la hora que le dijeron, y, efectivamente, habían desaparecido.

La costumbre de rezar diariamente el padrenuestro familiariza á las gentes de Iglesia con la idea de no pagar; aquello de «perdónanos nuestras deudas» es muy simpático para los que no perdonan á los demás ni la valía de un res-ponso.

Probe der que se va lejos  
que nadie s' acuerda d' él,  
y más probe si confía  
á un clérigo su mujé.

## La extremaunción nula

Un periódico católico encarga «que se le dé la extremaunción al enfermo cuando esté con todo su conocimiento; y que no se crea que con recibirla está todo arreglado, pues apenas surtirá efecto, si al exhalar el último suspiro, no le dice al oído al sacerdote: «Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu.»

¿De modo que, sin esa especie de «¡abrete sésamo!», la extremaunción no sirve para maldita de Dios la cosa? ¡Ya decía yo!

Y si el enfermo es mudo, ó se le ha paralizado la lengua, y no puede pronunciar esas palabras, ¿será condenado á achicharramiento eterno? Seguramente.

¡Válgame Cristo! ¡De lo que depende á veces la salvación eterna de un hombre!

De los sabios de este mundo  
aquer que supiere más,  
no me explica por qué tiene  
tres amas un capellán.

## En la Monarquía de las Letras

### El Premio Nobel

Vamos á abordar este tema, indiferente al mayor número de intelectuales españoles, y que, sin embargo, es de interés transcendental.

Parece cosa convenida en España que el Premio Nobel, por venir del extranjero, ha de ser un testimonio imparcial de la preexcelencia de los sabios con él favorecidos, lo cual es un gran absurdo; es una *concesión y gracia monárquica*, ó mejor dicho, caciquil, pesia á Nobel, fundador de los premios, y á todas las precauciones que tomó para hacer imposible las parcialidades.

No quiero decir con esto que los españoles favorecidos sean indignos de tal premio; aun siendo dignísimos, y aun siendo realmente los más dignos y los

únicos dignos, no desvirtuaría lo dicho en el párrafo anterior, pues podría haber sonado la flauta *por casualidad* ó por no poder menos de sonar; pues es de saber, como decía Eloisa, que el diablo, cuando no puede obrar el mal con el mal, lo verifica con el bien.

Lo que yo sé es que el Premio Nobel no ha aumentado un adarme la ciencia de Cajal y de los demás beneficiados; y de él, como de los títulos académicos, podría decirse lo que antiguamente se dijo: «no dan la ciencia, sino que la suponen». Por nuestra malaventura, en España ni *eso*. El título académico no supone más que la influencia para sacarlo.

De los doctores teólogos de Toledo es fama en las sacristías que «todo burro con mil pesetas sale doctor». *Servatis servandis*, puede decirse lo mismo de los títulos universitarios.

Pues... de igual ó parecido modo que en España se logran los sillones académicos y las cátedras, se logra también el Premio Nobel.

En efecto: para la concesión de tal premio se necesita previamente una instancia procedente de los centros oficiales del Estado y de gentes por él consagradas, que es lo que ignora la generalidad de los intelectuales. ¿Y habrá es pañol tan necio que imagine la posibilidad de que «nuestros consagrados» y sus centros oficiales presenten como candidato al premio á algún sabio que no pertenezca más ó menos íntimamente al cotarro? ¿Cabría esperar de nuestras «Reales» Academias, menos académicas que reales, el valor moral necesario para incurrir en las iras palatinas abogando en favor de alguno de los genios excomulgados de la cofradía monárquica y clerical?

Paréceme esta verdad tan inconcusa que el tratar de probarla sería ridículo empeño.

Véase, pues, cómo el Premio Nobel significa sólo por azar la preeminencia del sujeto, y *a radice* significa el favor del caciquismo universalmente reinante en esta Monarquía y Cacicato de las Letras llamado España.

Pero otra cosa más rara debe notarse aquí, y es que algunos Premios Nobel están excomulgados de la moral política española como *apologías criminales*. Por ejemplo: el premio del *pacifismo*.

Realmente, en España, las ideas *pacifistas*, es decir, las teorías que niegan radicalmente el derecho de los Estados á promover guerras, son consideradas como pecaminosas, anárquicas y criminales. El que defendiera el desarme del ejército, sería considerado como ácrata. El pedir la reducción del ejército á su expresión mínima, es tarea reservada á los heterodoxos de la España oficial.

Inútil es que Pablo Iglesias, Lerroux, Soriano ú otro cualquiera sostenga valerosas campañas pacifistas en la tribuna y en el periódico, tan vivas y excelentes como las de Tolstoi y con más riesgo de sus cabezas que Tolstoi; no



hay peligro de que los *patronos* de la presentación de candidatos españoles á tal premio expongan los méritos de nuestros campeones pacifistas al jurado sueco.

Y ya que hablamos de Tolstoi, ¿hay algún español tan necio y majadero que crea posible que nuestros *patronos* nobelianos fuesen capaces de presentar para el premio á algún sabio antimonárquico y nominalmente excomulgado por el Papa?... ¡Ni por pienso!

Pues eso es Tolstoi, excomulgado por el Sínodo pontificio de su nación y antidinástico recalitrante. De donde resulta que en España, los siete sabios de Grecia reunidos no merecerían la presentación sin antes rendir pleito homenaje á los señores caciques de la ciencia nacional; y después de esto, la excomunión clerical les inhabilitaría para el caso, dejándoles excomulgados, irregulares y suspensos del concurso.

He aquí, ilustres y deslustrados compañeros, que si no somos burros de reata y tenemos dos dedos de dignidad y pundonor profesional, estamos obligados á rescatar de su cautiverio la intelectualidad española; y en lo que al caso Nobel concierne, procede que se recurra á aquel jurado nobeliano, acusando el *error* padecido por Nobel en la redacción de su testamento benéfico-científico, cometido por ignorar este régimen caciquero de España; y que, no habiendo nada más lejos de la intención del fundador que el dejar sus premios expuestos á ser monopolio de escuelas, de partidos y de iglesias, procede anular estas cláusulas concernientes á España y redactarlas en otra forma más adecuada á la justicia internacional del gran Mecenas, como él las corregiría, si viviese y tuviese noticia de este monopolio monárquico-clerical.

Por lo pronto, yo inauguro esta acción remitiendo este escrito á la Secretaría del Jurado de Stokolmo, diciéndole en corroboración experimental de lo expuesto:

¡Acordaos de Manuel García!  
¡Acordaos de Pablo Sarasate!  
¡Acordaos de Zuloaga!

Suspensos y reprobados por los pontífices máximos y concilios monárquico-clericales del arte y ciencia españolas, hubieron de mendigar en el destierro el reconocimiento de su personalidad.

No hablemos de Monturiol, ni de Peral, ni de Juandó.

LORENZO CARRASCO

Jasta er muelle fuimos juntos  
y platicando los dos,  
y en un descuido que tuve  
me quitó el fraile el reló.

## Lógica pura

Dice una *Hoja* parroquial de Valladolid, que «es convenientísimo avisar al

clero cuando haya algún enfermo, aunque no esté grave, porque así se acostumbra á verle á su lado y no le servirá de susto cuando sea necesaria su presencia.»

Sí; como convendría soltarle un garrotazo á cada fraile siempre que se le encontrara, para que se fueran todos acostumbrando á recibirlos, por si acaso algún día se encontraban con alguna buena tanda.

¿Convienes?

No me armiro que seas mala  
porque te viene de herencia;  
como tu abuela y tu mare  
pasas el tiempo en la iglesia.

## LOS FRAILES, LAS BOMBAS Y YO

Telegrafian de Lisboa que del convento de los jesuitas franceses han arrojado más de cien bombas contra los soldados.

(Telegrama de El Contábrico.)

No me extraña, y me parece lógico. Porque todos los ideales humanos se concentran en uno: el de la vida. Y es tan feroz el instinto natural de vivir, que si necesita matar para cumplir su fin, mata. Todas las revoluciones de que está plagada la Historia, no son otra cosa sino el deseo de vivir, que se manifiesta en los pueblos cuando languidece su existencia, como sublime reacción que la vida impone inexorable. Y como el obstáculo sólo se vence matando, el brazo popular, improvisado de arma homicida, mata y extermina. Por eso hallo tan natural el que los religiosos de oficio arrojen bombas para matar y exterminar ejércitos que han de oponerse á su vida de contemplación y holganza.

Pero yo estoy en mi derecho natural de odiar entrañablemente á estos sacerdotes dinamiteros, y muy especialmente porque se llevan parte de mi trabajo para sustentar su vagancia, y de grado ó por fuerza tengo que entregar parte de mis elementos de vida, elementos que gano trabajando y que tengo que tributarlos para que ellos vivan sin trabajar.

Por esto, cuando mis ojos los ven, los gritos de la conciencia me llenan de odio el corazón. Además, yo, que amo la vida, la belleza y el trabajo, y no veo en estos religiosos otra cosa sino los respectivamente contrarios sustantivos, necesaria y fatalmente han de serme repulsivos.

Hombres enlutados con luengos sayos ó entardados en paño pardo atado con sogas llenas de nudos; crasos y ventruados; rapadas las cabezas; melancólicos y tristes; hipócritas y místicos, que sólo abren sus labios para pedir dinero y para entenebrecer la vida con las amenazas de sus predicaciones y sus cantos funerarios ante las calaveras de sus tumbos... Séres cuya voz sólo articula pavorosos vaticinios de ultratumba, sin que muestre su figura un rasgo que anime á vivir; que pregonan la caridad y viven de ella; que aconsejan los mandamientos, mientras vemos

todos los días periódicos llenos de horrores conventuales. Hombres que no practican el amor; que su bandera es la de la muerte, para amargar una vida que ya de suyo es bastante amarga, y... que lanzan cobardemente bombas á los ejércitos... yo los odio, no los quiero; *vade retro*.

Yo quiero vivir amando, porque amor es vida; quiero trabajar, porque quiero vivir; adoro la belleza, porque lo hermoso es el sustento del espíritu; idolatro la verdad, porque satisface mi conciencia; me entusiasman la alegría y el placer, porque vigorizan y deleitan mi existencia; me atrae lo rojo, porque simboliza el júbilo y la vida, y odio lo negro y lo pardo, porque contristan mi ánimo con la vida, el terror y la muerte.

Por esto odio y no quiero á esos señores religiosos de oficio, y por lo dicho en un principio me parece muy lógico que tiren bombas.

SOTERO BARRÓN

Santander.

## A mis colegas

No tengo tiempo para leer todos los días los muchos periódicos que recibo en cambio de EL MOTÍN, y lo siento; sobre todo cuando me entero que alguno ha traído noticias que me convendría reproducir ó extractar para ver si logro poco á poco domesticar á mis amados presbíteros ó á mis respetables frailes.

Agradecería, por lo tanto, á los que trajeren noticias de esas y tuviesen gusto en que yo las reprodujera, que se tomaran la molestia de señalarla en cualquier forma en el número que me enviasen.

Gitana, si tú me quieres  
y me tienes voluntad,  
en jamás de los jamases  
jables con el *parrocn*.

## Los frailes en Marruecos

Sabido es que para nada sirven las escuelas católicas de Marruecos, que nos cuestan 320.000 pesetas anualmente; mas por si alguien creyere lo contrario, ahí van dos opiniones autorizadas que confirman aquella aseveración.

El distinguido africanista Sr. Ramos, hablando de aquellos frailes, ha dicho:

«No se sabe de español redimido por los hijos de San Francisco, ni acto bautismal de converso, ni acción política de los mismos misioneros contra la confirmada é inteligente persistencia de los europeos por invadir el Imperio para anular la influencia española, ó cuando menos para ostentar estimable representación de sus respectivas metrópolis.

Ni hecho posible para el primer caso, ni intento infructuoso para el segundo, ni hábil instinto para resistir contra la astucia de invasores audaces han ofrecido un suceso en donde el poder franciscano háyase manifestado. La Embajada de Lerchundi á Roma sirvió á la Prefectura apostólica de Marruecos, pero no á España; la casa misión de Fez, concedida á los frailes por el sultán de 1860 no ha sido levantada ni ocupada por nuestros religiosos; los cautivos de Arzila, que fueron indemnizados, todavía se recuerdan



por un fraile que pide dinero para el rescate de la jovenzuela, ya mahometana, y hasta el año pasado aún vivía.»

Sobre esto mismo añade Giges Aparicio:

«¿Qué hacen, pues, esos santos hombres? Secundar los intereses reaccionarios, oponerse a toda tentativa innovadora para que persista la política de la inercia, que a la larga sólo favorece a los belicosos por ser las armas el único recurso que se reserva a la solución de cualquier conflicto. No simplifican dificultades, no convierten moros; pero molestan al súbdito cristiano, y le ponen trabas si no se le somete. En Tetuán me dijeron que la familia española que no visitase la iglesia franciscana, y dejase de confesar y comulgar cuando el fraile lo prescribiera, podía tomar el camino de Río Martín, por estar de sobra en la plaza y no encontrar protección en el consulado ni entre los demás compatriotas que acatan a los misineros.

Los españoles no los aman, y los indígenas los desprecian. Ellos son los únicos representantes de religiones extrañas, que se concitan odios. El obispo Cervera, superior de esas inútiles y perniciosas misiones franciscanas, entró en Tánger entre una tempestad de palos desencadenada por los moros que protestaban; un conocidísimo diputado y un periodista no menos conocido, presenciaron en Rabat la pedrea de sus acompañantes los «frailitas» mientras que a ellos los respetaban; en Casablanca tuvieron los santos hombres que acogerse a la torre para no ser linchados...

¿Martirio? ¿Persecución?... ¡Oh, no! Sabido es que el moro, fanático del islamismo, inconverso a otra religión, es tolerante con las demás religiones. De su tolerancia dieron sobradas muestras mientras fueron dueños de España, y cotidianamente la ostentan respetando los múltiples cultos establecidos en el imperio, y autorizando la erección de templos. ¡Buena lección para la intransigente España, que habla de civilizarlos y mueve motines y protesta de los gobiernos que merman los privilegios de la frailería o autorizan una simple exposición de signos externos en las capillas disidentes!

Ni persecución ni martirio, sino invencible antipatía hacia los únicos representantes de cultos europeos que hacen todo lo posible para concitar aversiones a España. El relato de sus abominables procedimientos indigna hasta crispar los puños si es un compatriota quien los narra; pero ruboriza y humilla cuando es un extranjero quien los refiere. Allí, en Tetuán, donde hay siete mil judíos que pudieran ser españoles, complácense en sugerir a los niños cristianos odio y burla contra ellos. Durante la Semana Santa les excitaban a poner Judas en el mellah (barrio hebreo) y a burlarse de ellos.

Los pacíficos israelitas tenían que encontrarse vejados en sus hogares para no presenciar la abominación ni concitar las peligrosas iras de la mal aconsejada chiquillería. El exministro Villanueva y D. Eugenio Silveira, que presenciaron un año el escarnio, tuvieron que protestar indignados; pero los frailes persistieron en sus vituperables excitaciones. Otra vez la befa revistió caracteres de brutal sarcasmo, que aún hace sangrar, cuando lo recuerda, el corazón del hebreo. En la diestra del Judas pusieron el Talmud, en la izquierda el pan ácimo, y la canalla cerró contra el simbólico pelele a tiros y pedradas... Un digno cónsul que ha dejado gratísimo recuerdo en Tetuán (debo nombrar a D. Juan Potou?) entró colérico en la iglesia franciscana al conocer el bochornoso suceso, y abofeteó ante el altar mayor al miserable instigador de la turbamulta...

Y ante el superior de esta ralea espúrea, que así pregona el honor y defiende los intereses de España, descendió Merry del Val de su caballo y se arrojó en plena calle tangerina para besarle el anillo... ¡Y para realizar esta obra de discordia ha pagado el país millones y millones, que no pueden contarse, en los siete siglos de misiones!... En diez millones de duros se calculan los que han devorado esos perniciosos franciscanos du-

rante los últimos cuarenta años... Con ese mismo dinero enérgicamente aplicado—como Francia lo invierte—se hubiese conseguido infinitamente más que con los ciento diez millones de pesetas que ha costado la última campaña de Melilla.

A esta tentativa de escándalos quedan reducidas nuestras escuelas católicas-franciscanas de Marruecos.

Yo conocí un hombre é bien tan cabal como el reló, y de que dió en ir á misa un gatera se gorvió.

## La revolución

La revolución tiene un enemigo implacable: la sociedad vieja; como el cirujano tiene el suyo: la gangrena. La revolución extirpa todo lo que es tiranía y todo lo que es tirano. La operación es espantosa, cruenta; pero la revolución la práctica con mano segura.

Cuanto a la cantidad sana de sangre que sacrifica, pedidle á Boerhave su parecer. ¿Qué tumor puede cortarse sin que produzca pérdida de sangre? ¿Qué fuego extinguiérsese sin que el incendio devore su parte? Estas necesidades terribles son condiciones precisas del éxito.

Un cirujano tiene algo de parecido con un carnicero; el que puede ofrecer las apariencias de un verdugo.

La revolución se consagra á su obra fatal. Mutila, pero salva.

¡Qué! ¿Le pedís perdón para el virus? ¿Queréis que sea clemente con lo que es venenoso? Pues no os atenderá: se apoderó del pasado y acabará con él.

Hace á la civilización una incisión profunda, de donde brotará la salud del género humano. Sufriréis sin duda, ¿pero cuánto durará el sufrimiento? El tiempo que dure la operación. Después viviréis.

La revolución amputa á la sociedad, originando la hemorragia que se llama *Felicidad Humana*.

VICTOR HUGO

Cuando me encuentro en la caye á uno de hopalandas negras, jecho á corré que ni galgos me atajan en la carrera.

## El atentado personal

### III

#### REGICIDIO

El propósito de los jesuitas de asesinar á Enrique IV lo realizó al fin Ravallac.

Todas las argucias de los escritores de la «Sociedad de Jesús» no han podido persuadir á nadie de que aquellos crímenes fueron obra espontánea de sus perpetradores. En una organización fundada en la obediencia pasiva, en la que el espionaje, la delación y la confesión son los fundamentos esenciales, y en la cual el general nombra á sus miembros para todos los cargos, los ac-

tos individuales no pueden ser espontáneos. La iniciativa individual es tanto menos probable cuanto más importante es su objeto.

Los regicidas jesuitas, que tan triste fama alcanzaron en Francia y en otras naciones, en aquellas y en otras épocas, no sólo eran inducidos al regicidio por las doctrinas, con tanta persistencia propagadas por los escritores de la «Compañía», sino que debieron hacerlo por órdenes de sus superiores.

Verdad es que no hay pruebas materiales de tales órdenes; pero vistas las instituciones, el modo de ser y los fines de la «Compañía», la opinión pública, desde aquellos atentados, ha condenado á los directores más que á sus subordinados, echando sobre aquéllos la responsabilidad de los crímenes de éstos.

A este propósito no debe olvidarse, que el General de la «Compañía» se guardó bien de condenar á los asesinos sus subordinados. Lo mismo hicieron sus sucesores con los jesuitas, y con sus obras, que elevan á doctrina jurídica el regicidio. Contra los crímenes de los jesuitas no protestaron nunca sus Generales, que aceptan así la responsabilidad de ellos.

En realidad, el verdadero asesino de los reyes de Francia que cayeron bajo los puñales de sacerdotes católicos, fué el Papa, que los había excomulgado. La vida del rey excomulgado pertenece al primero que quiera matarle. Ahora bien, el Papa había excomulgado á Enrique IV, lo que equivalía á una sentencia de muerte.

Aquel rey debía haber tenido esto presente, y no autorizar el restablecimiento de los jesuitas en Francia, á pesar de la oposición del Parlamento, que le dijo:

«El establecimiento de esta supuesta Orden ó «Compañía de Jesús», fué juzgado pernicioso por las otras órdenes eclesiásticas; y la Sorbona en pleno decretó que esta «Sociedad» se estableciera para destruir y no para edificar; y aunque la Asamblea del clero, reunida en Septiembre de 1561, la aprobó, fué con tantas cláusulas y restricciones, que si la «Compañía» las observara no podría vivir en Francia.

Con estas condiciones fueron recibidos; y por sentencia dada en 1564, se les prohibió tomar los nombres de jesuitas y de «Compañía de Jesús», pero ellos no han dejado de usarlos, desobedeciendo á todos los poderes civiles y eclesiásticos, y restableciéndola justificareis su conducta.

Y como el nombre y votos de la «Sociedad» son universales, también lo es su doctrina, por la que no reconocen más superior que el Papa, á quien hacen juramento de obediencia, en todas las cosas temporales y eternas; teniendo por máxima indudable, que el Papa puede excomulgar á los reyes, y que un rey excomulgado es un tirano; que su pueblo debe sublevarse contra él, y que ninguna persona perteneciente á la Iglesia, no puede ser juzgada por ningún crimen de lesa majestad porque no es por sus vasallos justiciable; y que todos los eclesiásticos están exentos de la jurisdicción secular, pudiendo impunemente poner sus ensangrentadas manos sobre las personas sagradas. Esto escriben los jesuitas, y condenan á los que lo niegan.»



«Dos españoles, doctores en derecho, han escrito que los clérigos están sujetos al poder real, y uno de los jefes lo ha negado, diciendo que los reyes no tienen jurisdicción sobre ellos.

«V. M., no aprobará estas máximas por ser falsas y erróneas. Y los que las profesan deben abjurarlas públicamente, si quieren ser admitidos en nuestro reino. Si no lo hacen, ¿les permitiréis permanecer en Francia?

«Recordad, señor, que Barriere fué instruido por el jesuita Varade, y confesó haber recibido la comunión, bajo juramento de asesinaros; y habiendo abortado en su empresa, otros prepararon la víbora que acabó en parte lo que el otro había tramado.

«¿Qué no debemos temer, recordando sus actos detestables y desleales, que podrían fácilmente reproducirse?»

«Si debemos pasar nuestros días en continua alarma por vuestra vida, ¿qué reposo podemos encontrar para los nuestros?

«¿No sería impiedad ver el peligro y aproximarnos á él?

«Los jesuitas dicen que deben olvidarse sus pasadas faltas, lo mismo que se olvidan las de las otras órdenes religiosas, que no han pecado menos que ellos. Pero si en las otras órdenes se han cometido faltas, no han sido como las suyas, universales: en las otras los atentados han sido individuales; pero los jesuitas han obrado de común acuerdo en sus rebeliones.

«Si nos es permitido decir algo sobre los asuntos extranjeros, os recordaremos el lamentable ejemplo que nos ofrece la historia de Portugal. Mientras todas las otras órdenes religiosas estuvieron firmes contra la usurpación de Felipe II, sólo la «Compañía de Jesús» desertó la causa de la patria, para imponer la dominación extranjera, siendo causa de la muerte de dos mil frailes y eclesiásticos, de todas clases y categorías.

«Quéjense de que hagan pagar á toda la «Compañía» los crímenes de tres ó cuatro de sus miembros; pero la instrucción que dan á sus discípulos no puede menos de prepararlos para la perpetración de tales crímenes, como ya se ha visto; por lo tanto la «Compañía» es culpable de vuestro parricidio.»

#### IV

A pesar de tan buenos consejos, de tan previsoras y saludables advertencias, Enrique IV se empeñó en que el Parlamento registrara su edicto del 20 de Enero de 1604, restableciendo en Francia la «Compañía». La pirámide de Juan Chatel, construida con los escombros del convento de los jesuitas, fué destruida al siguiente año, y la «Compañía» prosperó extraordinariamente, gracias, no sólo á la tolerancia, sino á los favores de Enrique IV; pero el 10 de Mayo de 1610, el rey popular fué asesinado á puñaladas por el jesuita Ravailiac...

El tribunal que juzgó al regicida, incluyó en la misma sentencia la destrucción de la «Compañía» de que era miembro.

Ravailiac pagó con su vida, la vida que había arrebatado al rey; y el célebre libro del jesuita español Mariana, en el que hacía la apología del regicida, fué quemado por orden del Parlamento, el 8 de Junio de 1610, y en cáte-

dras y púlpitos se habló largamente contra la condenada «Compañía de Jesús», por sus perniciosas doctrinas, y por los crímenes perpetrados por sus miembros.

Como siempre, el Papa se hizo cómplice de los crímenes de los jesuitas, no encontrando una palabra de censura para los regicidas. Pero ¿cómo los había de condenar, cuando matando al rey servían su causa?

Natural parecía que después de tantas expulsiones, de los terribles castigos impuestos por los tribunales á los jesuitas regicidas y de la general animadversión contra la «Compañía de Jesús», no hubiera ésta vuelto nunca á restablecerse en Francia; ni á ella parece debían haberle quedado ganas de volver, ni á los franceses de recibirla; pero apenas Luis XIII heredó la corona de la víctima de los jesuitas, protegió á la «Compañía», y la restableció sin condiciones, á pesar del Parlamento.

FERNANDO GARRIDO

¿A qué tienes esos clisos  
siempre pa er suelo mirando,  
si á mí no me la das tú  
ni ningún otro ignaciano?

## Honrando á Ferrer

### Fin práctico

Cuando días pasados se celebró aquí en el frontón Euskalduna, la conmemoración del primer aniversario del asesinato de Ferrer, uno de los oradores, Perezagua, decía con lógica aplastante:

«La mayor honra que podemos hacer á la memoria del mártir es juramentarnos todos los que estamos presentes para solemnemente comprometernos á que todos los actos de nuestra vida sean civiles: nacimiento, matrimonio, muerte. De esta forma, escupiendo como se merece el prejuicio religioso, no dándole la más mínima intervención en nuestros actos, habremos cumplido con honrados, acatando los mandamientos de Ferrer y llevando á la práctica las máximas que en su mayor parte fueron la única causa de su fusilamiento»

¿Verdad, D. José, que ningún canto hubiera podido sonar mejor en los oídos de Ferrer, que ese honrado propósito manifestado en unas simples palabras?

En efecto, he ahí un llano y sencillo camino para llegar á sacudirnos de la lepra clerical que por todas partes nos envuelve.

Se habla mucho y se practica poco. Lo mismo que en esta villa, existen en otras poblaciones de España muchos miles de radicales que hablan y piensan en anticatólico, pero la mayoría de ellos practican en apostólico romano.

Sería curiosa una estadística de todos los afiliados españoles que en la conversación, en la íntima confianza, son acérrimos partidarios de los actos puramente civiles; pero que en cuanto llega el momento de demostrarlo, desertan cobardemente de las filas y van á engrosar el ejército de los embaucadores, sometiéndose, sumisos, á lo que manda el pre cura.

Cuando á alguno de estos anticatólicos de *doubé* se le coge en infraganti delito de apostasia, se disculpan siempre, ó las más de las veces, con las ne-

cesidades de la vida, con los obstáculos que los religiosos les crearían, en una palabra, creen estar sometidos á la sanción del cura ó del vecino careunda, y no pueden sacudirse de tan indigna tutela y vejación.

Yo no sé qué verdades habrá en eso; de lo que estoy cierto es que yo, sin riqueza, ayuno de rentas, necesitado, como la mayoría, de una labor de relación en la que he tenido que depender de alguno, siempre he obtenido de las gentes con quien he tenido que convivir el mayor respeto y consideración; y aún tengo amistad con algunos sacerdotes que, lejos de molestarme con captaciones imposibles, cambian conmigo impresiones en las que la más de las veces salen apuradillos y envenenados por la verdad de la lógica.

Esos miedos, para obrar en asuntos religiosos con entera libertad, han pasado á la historia: la religión se ha borrado de los corazones y sólo se manifiesta á flor de labio. Para imponer el respeto á la independencia de nuestro espíritu, sólo es necesario una fuerza: la convicción. Cuando ésta se asienta en el corazón del hombre, para que desaparezca tienen que arrancarle ese corazón; y como éste es tan necesario al cuerpo, claro es que no se le deja uno quitar así como así. De forma que aquí lo que es necesario, es estar convencido; y para hacerse respetar, mostrar en todos los actos ese convencimiento. No tengáis miedo de que entonces os molesten ni con la más leve insinuación. Seguid el consejo y comprobaréis lo expuesto.

Y ahora volveré á insistir sobre lo apuntado á propósito del aniversario de Ferrer.

¿No sería conveniente, ahora que queda abolido en nuestros códigos el juramento, usar de éste nosotros particularmente y elevarle á la mayor solemnidad entre los anticatólicos, para por medio de él, comprometernos á no ser causa ni parte de las indecentes mojigangas del culto católico? ¿Jurarían todos los que se llaman hombres libres? ¿Perjurarían la mayor parte? Mucho me lo temo. Y de este temor creo que no había de participar solo; me parece que me acompañaría Nakens. ¡Es tan increíble!

JOSÉ G. TORTAJADA

Bilbao Octubre—910

Anda vete, corre, vete,  
vete con tu confesor;  
quien se ha comido la yema  
que se coma el cascarón.

Las *Hojitas piadosas* han dado en Potes un resutado maravilloso: los clericales rebuznaban á coro.

Los liberales tuvieron además la ocurrencia de fijar carteles en las calles por donde iba á pasar la piara de neos, con vivas á Canalejas, y aquello acabó de exasperarle; ya no se contentaban con rebuznar: gruñían, mugían, relinchaban, es decir, manifestaban su rabia en todos los idiomas á su alcance.

¡Hojitas de mi a ma! Vosotras tenéis el privilegio de hacer hablar á los animales.



## COSAS QUE HE DICHO

Varias veces me han oído decir las pocas personas que trato ya íntimamente:

«Quisiera tener un par de años tranquilos, para hacer tres libros: uno titulado *Memorias de un imbécil* (servidor de ustedes). En él diría algo que quizás mereciese pasar á la Historia, y aclararía algunos puntos oscuros y mal juzgados de la política republicana.

Otro, que llamaría *Cosas que he dicho*, y que sería una recopilación de las que he ido publicando en EL MOTIN, en todos los estilos, lo mismo sobre política, que sobre literatura, religión, moral, costumbres, etc.

Y otro, bajo el título *Cosas que he callado*, y en el cual demostraría cumplidamente que es inmerecida en gran parte la fama de *franco* y *claro* que poseo, pues me he *callado* más cosas que he *dicho*, en política especialmente.

Como el tiempo pasa, echándome cada año tres ó cuatro encima (á estas alturas, cada día nos trae la pesadumbre de tres ó cuatro, por lo menos), voy perdiendo la esperanza de poder realizar mi de eo; sujeto al trabajo doce ó catorce horas diarias para poder ir tirando del carro, ya muy desvencijado, de mi vida, no me queda ni un minuto que dedicar á sibaritismos intelectuales; y como la divina Providencia no inspire á los jesuitas la hermosa idea de nombrarme heredero de sus bienes el día que tengamos el gusto de arrojarlos de España, probablemente no disfrutaré ni un segundo de la tranquilidad susodicha, pues tendré que escribir el último artículo para EL MOTIN un par de horas antes de decir definitivamente: «¡Ahí queda eso!»

He empleado toda esta charla, para explicar por qué abro esta Sección, en la que iré reproduciendo algo de lo ya publicado; me ahorro así algún trabajo semanalmente, y además creo que no le disgustará á mis lectores.

Cada cosa política llevará la fecha en que la publiqué.

Y explicado el por qué abro esta Sección, comience el desfile de las COSAS QUE HE DICHO.

A poco de comenzar á escribir, publiqué un artículo lamentándome de no tener enemigos.

Hoy que tengo muchos y ganados á puño, reconozco que no le salen al hombre porque valga ó no; le salen á todo el que no resigna á formar con los que entonan alabanzas interesadas á los errores que sanciona la opinión; al que se creería rebajado á sus propios ojos si transigiera con ídolos de barro; al que conserva entre los bienes más preciados el de la independencia de criterio; al que no contribuye á farsas reprobables; en suma, al que se empeña en decir la ver-

dad y defenderla contra todos los fanatismos é idolatrías.

Y hecha esta rectificación en obediencia á los mandatos de mi conciencia, que la tengo, aun cuando no la exhiba al público á diario, sólo me resta añadir que hay enemigos que inspiran lástima, pero abundan más los que inspiran desprecio ó producen asco.—1892.

Miente quien diga que no hay ahora dinero en España. Nunca abundó tanto. Sólo que no influye en la prosperidad del país, porque se dedica á fundaciones piadosas, levantar conventos, celebrar fiestas de Iglesia, pagar al clero, cebar frailes y enriquecer las grandes Compañías.

De lo que resulta que los españoles no somos pobres, sino miserables.

«El triunfo en Madrid es la muerte de la monarquía.»

Esta frase, pronunciada cada vez que hay elecciones, hace sonreír á los republicanos que piensan, pero encanta durante un par de meses á los demás.

En 1893 triunfamos, extendimos la consiguiente papeleta de defunción á la monarquía, y la monarquía siguió.

En 1903 triunfamos nuevamente, y la monarquía prosiguió.

Ahora se ha repetido la frase, pero como nos han escamoteado el triunfo, la monarquía continuará.

Ya sé que, por este camino, acaso consiguiéramos, dentro de trescientos ó cuatrocientos mil años, que la monarquía cayera al abismo abrumada bajo el peso terrible de diez millones de toneladas de papeletas y manifiestos electorales; pero como yo, y conmigo otra porción de irreductibles impacientes, quisiéramos ver implantada la República lo antes posible, de aquí que deseáramos ensayar cuanto antes otro procedimiento, para ver si lográbamos echarle la vista encima á la susodicha señora.

¡Es tan corta la vida, y hemos dado ya tantos plazos á la esperanza!—1905.

Se nos impone esta campaña á todos los que peleamos por la justicia: pedir que ciertos comercios sean servidos por mujeres. Razones económicas y morales al alcance de todos nos la imponen.

Hoy por hoy sólo apuntaré dos:

Se lanzarían á la producción millares de hombres, redimiéndolos así de ocupaciones impropias de su sexo.

Y se apartaría del hambre y la prostitución á igual número de mujeres.

Y no sé qué me da más pena: si ver una mujer prostituida por la miseria, ó á un hombre manejando cintas, madejas de seda, pesando dulces, probando guantes ó vendiendo polvos de arroz.

Estimados colegas que os ponéis al habla diariamente con el público:

Acoged y propagad la idea, y redimiréis gran número de hombres y de mujeres.

Nunca veo adular al pueblo y elogiarle por virtudes que no puede tener en el estado de ignorancia y miseria en que se halla, sin recordar esto que lei no sé dónde:

«¡Pueblo! desconfía de los que muestran demasiada indulgencia con tus faltas, porque de seguro serán todavía más indulgentes con las tuyas.»

Aparte esa consideración, me abochorna oír lo que en vísperas de elecciones le dicen al pueblo los que mendigan su voto:

«Los gobiernos te han mantenido en la ignorancia; así, ni tienes inteligencia que te guíe ni voluntad que te dirija. Por lo tanto, esto es, por no saber lo que te dices ni lo que te haces, elígeme tu diputado.»

Aquí el cinismo cabalga sobre la lógica.—1897.

Cada vez que oigo decir de alguno «es un pobrecito», me pongo en guardia.

Desconfío de las personas que no censuran, ni contradicen, ni se indignan; que tienen una aprobación para todas las opiniones, un aplauso para todos los éxitos, y que manteniéndose siempre en los límites de la neutralidad.

El hombre que en ninguna ocasión se encoleriza ni falta á las conveniencias, es siempre un miserable.

Hay tiendas lujosas, sobre todo de joyería, en que el escaparate es una maravilla de riqueza y buen gusto.

Párase el transeunte admirado ante ellas, y se extasia contemplando las joyas. Esta, ¡qué delicada!; aquella, ¡cuán rica!; y todas, ¡qué brillantes!

A juzgar por lo que ve, la fortuna de cien Cresos no bastaría para comprar lo que la tienda contiene.

Aguijoneado por la curiosidad entra, y, ¡oh desencanto! halla los estantes vacíos ó llenos de joyas de escaso valor, falsas en su mayoría y de cualquier manera colocadas.

¡Toda la fortuna del dueño estaba en el escaparate!

Así muchos hombres políticos.—1889

Lo he observado toda mi vida: son muy pocos los pobres que se acercan á pedir limosna á un cura, cuando sería lo natural que se la demandasen á ellos antes que á nadie.

La experiencia es madre de la ciencia: el fracaso continuo de sus pretensiones ha enseñado á los mendigos que no hay peor cuña que la de la misma madre.

Se dice que, para hacer un ídolo, se necesita un escultor y para derribarlo basta un martillo.

Error evidente. Yo sé quien desenterró un fetiche, y cuando vió que no milagreaba, trató de destruirlo. Y se encontró con que los mismos que se burlaban del fetiche al principio, se volvió e



ron airados contra el que lo había resucitado.

Huyamos hoy de crear ídolos en la confianza de que nos será fácil derribarlos mañana.—1905.

El hombre que, satisfecho de lo que hace, rechaza las quejas de los otros y cree que ha cumplido todos sus deberes por haberlos llenado automáticamente según las reglas que él mismo se dictó, ó por no haber tropezado en el Código Penal, es casi siempre un malvado.

Lo que se llama corrección moral suele ser en muchos casos la negación de todo sentimiento noble.

Dentro de la Monarquía restaurada no hay más que un ideal: el oro. Ni más que una aspiración: la del dinero. Ni más que un respeto: á la riqueza.

Todo se sacrifica al ídolo de los judíos, hasta que venga un Moisés que rompa las tablas de la Ley, derribe el ídolo y haga imperar los principios de igualdad y justicia.

Entre tanto no hay que esperar más que hambre y esclavitud para el pueblo, fausto é inmoralidad para los privilegiados.

El culto del *becerro de oro* se impone desde las alturas y contagia á los pueblos que viven en la miseria.—1897.

Siempre que oigo decir de alguno: «Llegó pobre y en 15 ó 20 años se hizo rico», exclamo sin poder contenerme: «Ese es un ladrón.»

Pero en más de una ocasión me he equivocado: en vez de «es un ladrón» he debido decir: «es... una cuadrilla de ladrones.»

Enriquecerse en tan poco tiempo en un país donde no hay grandes negocios para los que evitan meterse dentro del Código penal, lleva en el hecho mismo la nota de ladrón.

Hay que luchar contra todas las doctrinas religiosas, políticas ó sociales que embrutecen, degradan ó explotan al hombre; pero hay que hacerlo sin dar armas á los enemigos con exageraciones ridículas.

Como hay que cuidarse de no amenazar sin ton ni son, por lo menos hasta que tengamos el palo en la mano. Y aun convendría ocultarlo entonces, para que nuestros enemigos no tuvieran tiempo de apercibirse.

Esto no será propio de caballeros de Tabla Redonda, ni de ninguna otra tabla, pero indudablemente es higiénico.

Aparte de que, obrando con prudencia, nos libraremos de algún garrotazo previo que nos impida descargar oportunamente el que con tanta justicia deseamos administrar.

Mientras Francia amenazaba matonlescamente, Prusia se preparaba en silencio. Y el resultado, ya lo vimos.

Imitemos á Prusia.—1901.

Cuando los conservadores piden votos á la multitud, y los obtienen, se envanecen con ellos; y si no, dicen que ni el número ni la fuerza representan la razón.

Esto puede ser verdad en ocasiones, mas no deben decirlo los buscadores de votos.

Puedo decirlo yo, que nunca solicité el de nadie para nada.—1888.

Estoy cansado ya de tanta palabra hueca, de tanta postura trágica, de tanto ademán fiero, de tanta teatralería y de tanta ridiculez.

Aunque el pueblo gustara de eso, y eso fuera lo único que le entusiasmase, los hombres que lo dirigen deberían llevarlo por otros caminos.—1892.

Amo tanto la República, que quiero para ella un marido viril, serio, de grandes alientos, rápido en el concebir y enérgico en el ejecutar, y, por más que miro, sólo veo amantes ya impotentes, enamorados platónicos y calculadores egoístas.

No niego que exista el hombre que deseo, ni que haya varios quizás; mas confieso que no sé dónde se ocultan. Los que dirigen al partido no sirven; los que sirven, ó están ocultos ó callados.

Se me dirá que saldrán esos hombres después de proclamada la República... Tampoco lo niego; pero como en los primeros momentos habrá que ponerla en manos de los personajes de cartel, mucho me temo que antes de salir los otros, ó la hayan ellos desacreditado ó la hayan perdido.—1892.

Leo en un periódico monárquico:

«La vida pública, muelle y blanda del último cuarto del siglo pasado, ha enervado por completo los ánimos. En ese período, todo sujeto que ha sabido doblegarse, ha ganado terreno. Con gimnasia semejante, los espíritus han quedado de tal suerte, que pocos son ya los que pueden mantenerse de pie.»

Por esto muy pocos han llegado á este comienzo de siglo en condiciones de inspirar admiración ó respeto, y por esto es preciso que cuanto antes venga un sacudimiento que permita exclamar á los que aún pueden mantenerse en pie:

«Generación de hombres hembras: ¡Paso á los hombres machos!»—1901.

Basta ya, queridos correligionarios, basta ya de banquetes políticos.

Hasta ahora se decía que toda la fuerza se nos iba por la boca. Que no pueda decirse en adelante que en la boca tenemos toda la fuerza.

Los que quieran reunirse y comer, háganlo, pero sin ir antes ó después á la prensa con el cuento.

Hay que ir arrinconando antiguas y viciosas prácticas, y una de ellas es esta de invitar á comer á los que hacen cualquier cosa insignificante, ó á los que alcanzan cualquier éxito, amañado á veces.

Mientras menos nos parezcamos los republicanos de hoy á los de ayer, más se confiará en nosotros, y más podremos hacer mañana.—1903.

Mientras los que á ello estamos obligados no hagamos algo parecido á lo que hicieron los hombres del 68, no deberíamos elogiarlos, por temor á que se levantaran de sus tumbas, y mirándonos airados ó despreciativos, nos dijeran:

«Cuando nosotros nos alzamos, ni se habían perdido las Colonias, ni España estaba plagada de frailes, ni la corrupción, con ser mucha, había alcanzado las proporciones de ahora, ni la vida era tan dura y penosa como hoy.»

Y sí, según decís, aquello que hicimos merece tanta alabanza, tanta gloria, ¿por qué andáis tan remisos en imitarlos? ¿Por qué no intentáis, en beneficio de la generación que nace, lo que nosotros realizamos por la que muere?

O no sentís por nosotros la admiración que demostráis, ó tenéis la voluntad endéble, ó estáis ayunos de valor. Y en cualquiera de esos casos no sois dignos de tomar en boca nuestros nombres, aun cuando sea con el propósito de paraparar tras ellos para disparar frases contra el régimen que nosotros derrocamos hace 35 años.»

Y como no sabríamos qué contestarles si se alzarán de sus tumbas y nos dijeran eso los hombres del 68, creo que no deberíamos tomar la fecha del 29 de Septiembre como pretexto para hacer alardes revolucionarios.—1903.

Han convenido los estadistas en que la nación que tenga más cañones, más barcos, más fusiles y más dinero, puede impunemente despojar á las débiles. Perfectamente.

Mas como se trata de fuerza, todo el que la tenga debe usarla, sin preocuparse del derecho de nadie.

Y en tal caso, la lógica lleva fatalmente á justificar al anarquista que tiene una bomba (fuerza) en la mano, y la arroja sobre la multitud sin otro derecho que el de tenerla.

Sigan las naciones fuertes preconizando ese derecho, y la ciencia inventando explosivos, y puede ser que pronto la fuerza incontrastable no esté en los cañones, ni en los barcos, sino en la mano de un hombre de buena ó mala voluntad. Y entonces veremos.—1901.

El día que la República venga, hay que nombrar comisiones que pongan en claro lo que se ha robado desde 1875 acá en ayuntamientos, diputaciones, direcciones, ministerios y centros administrativos.

Entonces se verá que los restauradores se han dedicado únicamente á *hacer dinero*, mejor dicho, á *tomarlo hecho*, y se explicarán muchas actitudes políticas y muchos cacareados patriotismos.—1893

JOSÉ NAKENS



## Las razones de la Iglesia

Cortando aquí y allá retazos de las antiguas teogonías y cosiendo los unos á otros con hilo burdo, ha formado la Iglesia un conjunto abigarrado y multicolor, que es la desesperación de la lógica y la bafa del sentido común. Allí se encuentran conclusiones semejantes á esta: «¿No es cierto que el universo ha tenido un autor? Luego es evidente que se saca ánima por una peseta.» Y con éstas y otras razones se ha embaucado á la humanidad durante muchos siglos.

Ha sucedido lo que era natural: que mientras las masas se embrutecían, los hombres de buen sentido protestaban. ¡Blasfemia! ¡Sacrilegio! gritaba entonces la Santa Madre Iglesia. Y como es tan dulce y tan caritativa, cogía á los gritadores y los echaba vivos á la hoguera.

A pesar de tan persuasivas razones, la humanidad no quería acabar de convertirse y vinieron los tiempos en que naciones enteras rechazaban con horror el catolicismo. Entonces la santa religión de paz y amor divino emprendió magníficas guerras religiosas, que costaron al mundo algunos millones de víctimas. Y cuando no podía vencer por tan cristianos medios, enviaba piadosos asesinos que la desembarazaban de los príncipes poco afectos á Roma.

Así Mauricio de Honeble, Enrique III y Enrique IV de Francia, y otros, pudieron apreciar la deliciosa argumentación católica.

Andando el tiempo, los mismos católicos, faltos ya del celestial entusiasmo, dejaron de matar moros, herejes y judíos, haciéndose imposibles las santas hecatombes eclesiásticas. Desde entonces la Iglesia vocifera que vamos por camino de perdición, y grita y patea invocando la cólera divina, al ver que ya no le permiten asesinar en masa á los que no piensan como á ella le acomoda. Y, como es natural, la pobrecita llora por lo que queda, al considerar que en el transcurso de diez y ocho siglos solamente ha podido matar á DIEZ MILLONES Y PICO de criaturas.

Hoy, reducida á un papel desairado, rodeada de enemigos y de indiferentes, no pudiendo valerse del hierro y del fuego, sus razones favoritas, echa los bofes maldiciendo la libertad, el progreso, la luz, sin comprender que sólo risa causan sus ridículos aspavientos, y desprecio profundo su grosero lenguaje.

Llegará día en que se contará como vie a patraña que hubo entre los hombres una fe absurda que tenía por razones las guerras, los asesinatos, las quemaduras en masa, y cuando no las más horribles maldiciones; y á duras penas se podrá creer semejante cosa.

Los que tenemos la honra de mere-

cer el odio, la rabia y las impotentes maldiciones de ese poder, ya por fortuna agonizante, debemos batallar sin descanso, en todos los casos y en todos los terrenos, hasta barrer de la sociedad esa monstruosidad que se llama Iglesia católica.

FRAY SINAPISMO

Al arto sielo subí,  
jise escritura con Dios  
que he de morir sin berrendos,  
sin untos ni confesión.

## Cuestión de negocio

La revista *El Granito de Arena*, lleva este lema en su cubierta:

«La Acción Social Católica es un negocio que el hombre lleva á medias con Dios. ¿quién ganará más y se aburrirá más pronto?»

¡Vaya una pregunta necia!  
El que se aburrirá más pronto, será Dios. Cualquiera resiste media hora á un neo. Ni el mismísimo Dios.

Y el que ganará más será el neo. Porque se alzarán con el santo y la limosna. A un neo no le lima las uñas ni Dios. Inventaron á Dios, para engañar á Dios, y robar á Dios...

Padre, Hijo, y Espíritu Santo.  
Y el prójimo en su nombre.

Anda diciendo tu madre  
de mi honra no sé qué;  
mientras no me llame cura  
nunca me incomodaré.

## Desgraciado en amores

¡Pobre Paco Campillo, cura de Benímol! Como no había en el pueblo miserias que socorrer, ni desventuras que remediar, ni consuelos que prodigar, se aburría soberanamente, y discurrió organizar una compañía para representar en el Teatro Moderno de aquella población las zarzuelas *Los pastores de Belén*, y *La Gruta de Lourdes*.

Y era de verlo en su casa, donde hacía los ensayos, ir de acá para allá, animando, corrigiendo, declamando y accionando como si de la buena representación dependiera la salida de dos ó tres mil almas del Purgatorio.

Interpretáronse las obritas con gran aplauso del público, y al disolverse la Compañía, mi buen párroco advirtió que su corazón se lo había llevado la joven que desempeñó el papel de Rebeca en *Los Pastores de Belén*, y echó de menos aquellas deliciosas horas de los ensayos en que la veía y la hablaba. Y en vez de reclamárselo, procuró que ella le diese en cambio el suyo, y comenzó á hacer esas deliciosas tonterías que ridiculizamos cuando las vemos en otro, y á frecuentar su casa, y á hacer que ella fuese á la suya con cualquier pretexto; y, en fin, que aquello se iba animando por momentos.

Cuando cádate que llega al pueblo un italiano á hacer unos trabajos sobre alumbramiento de aguas, ve á la joven, y le gusta, y se lo dice; ella no se hace de rogar, y...

¡Pobre párroco! ¡adiós el idilio! ¡adiós las esperanzas! Los juramentos y las promesas por su mano escritas, borrados fueron por la fría mano del desengaño, lo mismo que las dulces emociones por su corazón sentidas y las rosadas ilusiones por su alma acariciadas; y despechado, furioso, loco, agarra una purera de rafia que ella le había regalado, y se la da á un amigo; y hoy se pasa la vida triste á veces, desesperado á menudo, sin hallar lenitivo á su pena ni alivio á su dolor...

Si en mi mano estuviera, haría que la tierna aveci'la volviera á revolotear coqueta y cariñosa cabe el nido parroquial, alegrando con sus trinos el herido corazón del cuervo desconsolado; más como no lo está, aconsejole que busque consuelo en el rezo y en el amparo de la desgracia ajena la tranquilidad de su espíritu, y deje al tiempo el cuidado de cicatrizar la honda herida que en su pecho ha abierto ese amor desgraciado.

Y Dios escuchará sus ruegos, y en su infinita misericordia hará que el bienhechor olvido estienda sobre él sus benéficas alas.

Mare, no es usté mi mare,  
que si usté mi mare fuera,  
lo que pa el pan hace falta  
no se lo gastara en cera.

## Mentiras perjudiciales

Los perjuicios que en el orden religioso, político y moral ha ocasionado en el mundo y principalmente entre nosotros el catolicismo, no seré yo quien, por lo que á la Península toca, los enumere. Ahí están todavía manando sangre los frescos recuerdos de las dos guerras civiles promovidas por el catolicismo, encendidas por los papas Gregorio XVI y Pío X.

¿Para qué repetir el relato horripilante de incendios de ciudades, saqueos, robos, violaciones, fusilamientos y crímenes nefandos de todos tan conocidos, procedimientos católicos apostólico-romanos empleados por obispos, curas, frailes y devotos esclarecidos para llevar las almas de los liberales á la celestial Jerusalén?

¿Y después de todo esto aun sigue España adulando al Papa, regalando á el clero los millones á espuestas, sosteniendo la Nunciatura y contemporizando con la mentira perjudicial?

Ya lo creo; y sigue tolerando que con atropello de las leyes escritas se establezca un convento en cada esquina, y que una trahilla de destripaterrones ó licenciados de presidio se declaren independientes de toda autoridad, se aislen detrás de cuatro tapias, y allí atormenten, asesinen ó entierren vivos á los desgraciados que tuvieron la debilidad de traspasar las puertas de la clausura.

Y hasta que amas de cura, mayordomas de obispos ó amigas de canónigos recluten doncellas averiadas y mozas sabreras del partido y del estropajo y formen también un Estado aparte con sus códigos, sus tribunales, sus penas afflictivas, sus sentencias de muerte y sus verdugos; porque todo esto son los conventos de frailes y de monjas á ciencia y paciencia del Estado español, sin



perjuicio de ser burdeles y antros de corrupción de menores y sentinas de los vicios más indecentes.

¿Que es mentira?

Aún no hace diez años que en el convento de las Trinitarias de Lisboa fué atormentada, violada y envenenada la preciosa niña de quince años Sara Pereira Pinto, auto que preocupó á la prensa del mundo entero.

En la quinta que estas bribonas Trinitarias poseen en Aldegorníha violó el capellán á la joven de dieciséis años, Ana Costa Segueira, en los momentos en que estaba aseando la habitación del sátiro por orden de las monjas, y cuando se quejó á éstas le contestaron que su obligación era complacer al padre y la volvieron á enviar cada día á limpiarle la casa. La muchacha rebeló los nombres de otras jovencitas que, como ella, habían sido violadas.

En el mismo convento y por otro sacerdote, fué violada otra joven, á la que amordazó, y en tal estado quedó la pobre criatura, que jamás pudo tenerse en pie.

Otra se suicidó por no soportar la vergüenza de su deshonra, de la que fué autor el referido padre.

La célebre hermana Calleté, superiora, fué detenida y presa, y cuando todo el mundo esperaba el ejemplar castigo, la pusieron en la calle y se le echó tierra en portugués, lo mismo que aquí echamos á estos crímenes tierra de Castilla.

Cada día estamos publicando relatos espeluznantes de monjas profesas que huyen de los malos tratos y crueles castigos de los conventos, y de frailes y hermanos que cometen los más criminales abusos deshonestos con niños, cuya educación se les confía; Nada; las autoridades se hacen sordas y ciegas á los clamores de la opinión y á los hechos consumados.

No hace mucho que del convento de Santa Clara de Almería, se fugó una monja por una ventana, revelando que allí entraban curas y canónigos y que huía por no ser víctima de la lascivia de aquellos sátiros; que tal monja tenía un hijo, el monaguillo Fulano y que tal otra una niña que estaban criando en tal parte. Pues á pesar de tantos detalles, ni la autoridad civil ni la eclesiástica dieron señales de vida.

Un día del mes de Agosto de 1889, varios vecinos de Segovia vieron salir de un convento de monjas, al amanecer, algunos frailes de los que acababan de llegar de Filipinas. Una de las religiosas denunció el hecho al arzobispo, y á los pocos días ocurrió en el convento un incendio, en el que sólo se quemó la monja denunciadora. Era aquella, hermana del presbítero D. Calixto Andrés Tomé, abreviador de la Nunciatura, quien se personó inmediatamente en Avila, y cosa rara, no pareció por ninguna parte el abrasado cadáver de la religiosa. Intervino aterrado el obispo para hacer callar á D. Calixto, y el hombre calló y el Nuncio le ascendió en su carrera, y la justicia, bien, gracias.

Y el degüello del jusuíta en Chamarín de la Rosa, y el empellón que unos frailes dieron á otro arrojándole al Ebro en Toledo, y las corrupciones de menores del escolapio de Pamplona, y del salesiano de Béjar, y los robos del superior de los Maristas de Madrid, y la

fuga de la hermana de la Caridad de la cárcel de Barcelona con un vigilante, y la del P. Querubín, con una señorita y once mil duros robados... y el escándalo del tormento y muerte, corrupción y enfermedad de la joven Teresa Torres novicia de las oblatas de Ciempozuelos, de palpitante actualidad. Todo viene á confirmar lo que me propuse demostrar: que el catolicismo es la peor de las mentiras perjudiciales.

Los legisladores, ó no han fijado su atención ó no han dado importancia á la anómala é imposible situación en que quedan los sacerdotes, á quienes por cualquier motivo, justo ó injusto, casi siempre injusto, privan los obispos *ab irato* del derecho de ejercer su ministerio.

Ordinariamente, los sacerdotes no son ricos ni de familias ricas proceden; la inmensa mayoría se ordenan *pro pane lucrando*; de suerte, que no dejarles decir misa, equivale á condenarles perpetuamente, no á pan y agua, sino á agua sola, y eso porque en las fuentes públicas puede beber cuanta quiera, gratis.

Esos curas que piden limosna, que acuden á los cuarteles por las sobras del rancho, que se ocupan en fregar platos en la cocina de alguna fonda, en ser peones de albañil ó consumidores, no son sino reverendos ministros del Señor á quienes el obispo, sin género alguno de responsabilidad, ha condenado á perecer de hambre.

¿Hasta cuándo vamos á permitir la existencia de semejantes absurdas sociedades? ¿Es legal una Asociación cuyo jefe tenga el derecho de privar á sus miembros de los únicos medios que tiene de vida? Va siendo hora de estudiar y comprender el alcance perjudicial de la mentira católica, para ponerle coto.

Y lo mismo ó peor digo de los frailes y de las monjas que huyen horrorizados de los crímenes que jamás sospecharon que en los conventos se realizaran; estos desgraciados que por muchos años cooperaron con su trabajo al engrandecimiento del instituto, al huir ó despedirlos, la comunidad se cree absolutamente libre de proporcionarles socorro alguno, y cuando es fuerte, los persigue, y, ¡admirénsel, las autoridades les prestan su concurso, sus municipales y su guardia civil para volver á recluir al prófugo infeliz que, sin duda, muere en el *in pace*, sin que nadie lo remedie.

Todo esto significa y es la religión del Estado: el clero secular y regular, la diócesis y el convento; la mentira más perjudicial de todas las mentiras, cobijada bajo el artículo 1.º del Concordato de 1851.

CANTAFLARO

Te tengo comparáta  
al cura de mi lugar;  
to se te güerve pedir  
y no me das nunca na.

## Estulticia clerical

Entre las muchas *Hojitas carcatólicas* que diariamente llegan á mis manos pecadoras, me he fijado en una que se pregunta: «¿Por qué invocamos á los santos?» Y se da estas respuestas:

«Honrando á los santos alabamos á Dios de quien son hechura, pues cierto es que ningún hombre se hizo santo con sus propias fuerzas, sino mediante la gracia de Dios.»

Esto ha venido á resolver de plano una duda que me inquietaba hace años: «¿Por qué no soy yo santo?»—No lo soy, me contestaré en adelante, porque Dios no me presta su divina gracia.

Cuando vaya al Infierno, y me pregunten por qué he ido, responderé:

—Porque Dios no quiso prestarme la gracia que les prestó á San Pablo, San Agustín y San Ignacio, tres ciudadanos peores que yo en su primera época.

«Porque en el cielo no se disminuye la caridad, sino que se aumenta con la visión de Dios.»

¿Y para qué diablos sirve la caridad allí? ¿Con quién se ejerce? ¿Acaso pueden tenerla unos hacia otros, siendo todos iguales? ¿O hay también categorías? ¿Quizás pobres y ricos? Entonces ¿en qué se diferencian el cielo y la tierra?

«La razón más poderosa es el influjo que los santos tienen con Dios para concedernos lo que le pedimos.»

Ya pareció el peine. Cuando un clerical hace ó dice algo, es siempre con miras interesadas. Si honran á los santos, es por ver si utilizan su influencia con Dios.

¿Pero es que realmente los santos conceden algo? Porque entonces, voy á indicar á los clericales lo que deben pedirles:

Sentido común, sentimientos nobles y honradez verdadera.

¡Ah! Se me olvidat:

Y vergüenza.

Es decir, todo lo que no tienen.

Entré en la sala der crimen

y le dije ar presidente:

«á ver, á ese vago místico  
que le pongan un grillete.»

## Chulapón místico

He aquí, sin quitar ni poner punto ni coma, lo que ha ido á contar á *El Radical* una muchacha que ha vivido con un cura en la calle de Lope de Vega:

«Conocí á D. Juan Molina hace algún tiempo, cuando estaba sirviendo en la calle de Atocha. D. Juan un día me propuso si quería irme á servir á su casa, donde estaría como una reina. Accedí, y con él fui á habitar un piso de una casa de la calle de Lope de Vega. El cura consiguió de mí... todo. Me dijo que no teniendo á nadie en el mundo ni él ni yo, que soy inclusera, debíamos unirnos hasta la muerte, y hasta me convenció de que debía entregarle los pequeños ahorros que yo tenía de mis salarios de otras casas. Pues el cura, encima de abusar de mí y de comerse los cuartos, me echó á la calle sin un céntimo. Varias veces fui á reclamarle lo que era mío; pero él siem-



pre' me contestaba:—Ya pasaré por tu casa.

Y pasaron los días sin que el cura pareciese, hasta el viernes pasado, que me decidí á ir en su busca. Le encontré en la calle con otro cura amigo suyo, llamado D. Felix.

Al verme, Molina quiso escapar; pero yo le rogué que se detuviera para oírme. Entonces me dió un empujón y yo me agarré fuertemente á su manto, prenda que se quedó en mis manos al querer huir el cura.

En esta lucha entramos en el portal, y allí Molina y el otro cura la emprendieron conmigo á puñetazos y puntapiés, dejándome molida. Fuimos á la Delegación; pero como ellos son sacerdotes, y en España tienen mucho poder los curas, me temo que me quede sin el dinero y con los golpes.

Promesas falsas, liviandades previstas, escamoteo de cuartos, abandono definitivo, mentiras de tramoso, y por último, puñetazos, puntapiés y Comisaría...

La educación que se recibe en las escuelas laicas no puede dar otro fruto. Si ese cura se hubiera educado en un Seminario, no hubiera hecho nada de eso.

Ayer me dijiste que hoy,  
hoy me dices que mañana;  
en eso de no pagar  
te pareces al curiano.

## Cangas

Lo ocurrido aquí con motivo de la manifestación *car-católica* que concurrió el domingo último al santuario de Darbo, fué lo siguiente:

Como á las cuatro de la tarde empezaron á llegar á esta villa, capitaneados por los respectivos párrocos, sendos grupitos de mujeres, viejas en su mayoría, acompañadas de algún que otro hombre, todos ellos azorados y de fisonomía estúpida. Incorporados al grupo de Cangas, compuesto de las *Hijas de Mario* y de algunos *luises*, amén de un centenar de chiquillos, dirigiéndose á Darbo donde ya había otro minúsculo grupito procedente de tres parroquias.

Allí rebuznaron y tiraron coeces contra Canalejas unos individuos que Nakens clasificaría entre la clase *neutra ó pasiva*. Un sacerdote perseguía profiriendo injurias y zurriago en mano á unos cuantos chiquillos que silbaban estrepitosamente, y cuando el párroco iba á echar la zarpa á un silbante, cien pitidos que partían de distintos lados le hacían perder la pista y la paciencia. Sobre todo al oír un formidable ¡fuera! que los sobrecogió como cocejos.

Terminóse el ridículo acto con unos cuantos *vivas* y *abajos* y con una especie de *matchicha*, con letra ininteligible, que berrearon las hembras y regañearon los machos, marchando cada mañana de borregos, con sus respectivos pastores.

Los de Cangas, desperdigados por maizales y robledas, (sin dula para orar secretamente, por parejas), reuniéronse nuevamente al anocheecer en la

entrada del pueblo, donde entraron entonando un *can-can* místico. Al llegar á la calle Real paró la récua y de ella salieron vivas á la religión y al Papa, que fueron contestados con un estruendoso *viva la República!* lanzado por un grupo de de vecinos. Paró en seco la mañana para gritar ¡muera!, al mismo tiempo que otro vecino gritaba ¡viva Jesucristo! pero los borregos católicos continuaban gritando ¡muera! ¡muera!

Parecía que estábamos oyendo á la chusma judía cuando en Jerusalén clamaba ¡crucifícale! ¡crucifícale!

Así terminó el archiridículo *aplech* ó lo que fuese.—*El corresponsal.*

### SOLIDARIDAD

Vigo.

El cura de mi lugar  
tiene la rara manía  
de alejarse de las viejas  
y acercarse á las mocitas.

## Hoy como ayer

En 1620 elevó al rey la entonces villa de San Sebastián un memorial para que no se autorizase el establecimiento en ella de un convento de jesuitas, alegando las siguientes razones:

«...porque aunque los dichos padres no anden pidiendo de puerta en puerta con todo respeto de su industria, granjearán más que los demás, con que se viene á arruinar la dicha villa totalmente y servirán más de embarazo tanto número de religiosos y eclesiásticos respecto de los pocos obreros y causar mayor desigualdad entre los vecinos de la dicha villa estas parcialidades...»

«...aunque no era de presumir que religiosos hubieran causado tantas ocasiones y alborotos con tanto peligro de perder la dicha villa, y después que intentaron esta pretensión, no se tiene el amor que se requiere entre padres é hijos, entre hermanos y parientes por la variedad que entre ellos hay; con todo se tiene por cierto que sus mismos dichos han dado motivo y ocasión á ellas para que por esta vía la dicha villa y común convenga en la pretensión de los dichos padres, con tan grandes daños como á la dicha villa se le siguen de ella.»

«...es fuerza haya de extinguir mucha vecindad y casas con la suya, además de los disgustos, sinsabores y pleitos de que hay larga experiencia en otras partes.»

«Estos mismos fundamentos los aprobó el Consejo de Estado, cuando desengañados los dichos padres de obtener la dicha licencia por el Consejo, contra declaraciones, autos y ejecutorias, la pidieron en Estado, con la simulación, silencio y traza de que tanto usan en este negocio...»

«En este mismo documento se menciona el hecho de que la ciudad de Victoria rechazó también la institución jesuitica, «no obstante ser de más población, lugar más espacioso, común más rico».

Esto prueba que la Asociación ilegal titulada Compañía de Jesús ha tenido iguales mañas en todos los tiempos, y que los buenos católicos andaban ya escamados con ella hace doscientos setenta y seis años.

Y esto explica á la vez el empeño que debemos poner en convencer á todos de que hay que impedir que, como hace dos siglos y medio, los jesuitas se queden con todo, lo perturben todo y lo encanallen todo.

En cuanto salgo de casa  
penetra el cura en mi hogar  
y con mi mujer se encierra,  
pero no sé lo qué harán.

## Bibliografía

L. Simarro. *El proceso Ferrer y la opinión europea*. T. I. *El proceso*.—Madrid. *El Socialista*, calle del Espíritu Santo, 1910. gr. in-8.º. pgs. 554. Precio 5 pesetas.

Hé aquí como muestra uno de los juicios que á la prensa extranjera merece este libro sensacional. Háse publicado en la nada sospechosa revista *Revue Moderniste*, de Ginebra.

«Acabamos de recibir el primer volumen de una obra capital sobre Ferrer, que el Dr. Simarro, profesor de psicología experimental en la Universidad de Madrid, acaba de publicar.

Puede considerarse este estudio en los actuales momentos, como la restitución más completa y sagáz del proceso del célebre apóstol español de la Escuela Moderna.

A los documentos utilizados por los Sres. Kaspar, Arspach y Reyckler, el Sr. Simarro ha juntado un número considerable de informes diversos, extraídos cuidadosamente de los periódicos españoles, pudiendo apreciar en su principio y á través de sus diferentes fases, la formación de la leyenda de la culpabilidad de Ferrer, durante los sucesos de Barcelona.

Al principio nadie pensó en culparlo. Los cuatro cargos recogidos por el Gobernador, el jefe de Policía, el clero y los grupos de obreros, si bien llenos de sospechas contra numerosos individuos, no citan en parte alguna su nombre. La idea de la culpabilidad fué lanzada por los clericales, dándola en forma concreta el periódico *El Universo*:

«Todas las personas,—escribe—desde que se dieron cuenta de la criminal catástrofe de Barcelona, aseguran que Ferrer habrá estado presentado» (!) y no dudaron en «pensar»: ¡Todo el negocio ha sido obra suya!

Sobre parecidas insinuaciones se cimentó el ignominioso proceso que acabó con la ejecución de un mártir.

La obra del Sr. Simarro se traducirá al francés á la mayor brevedad. Un cuaderno conteniendo las conclusiones del autor en dos capítulos y en francés, acaba de ponerse á la venta en la Secretaría de «La Obra Francisco Ferrer», 67 Avenue Milcans, Bruselas.

DE TRES PESETAS, Á UNA

«Cuadros de miseria», «Degradaciones y cobardías», «Cartas y dedicatorias», «Mi paso por la cárcel», «Humorismo anticlerical», «Puñado de ironías», todas por Nakens.



(FOLLETÓN 72.)

# LA MONARQUIA ESPAÑOLA

FOR  
OFFENBACH

echarlo, no diremos á rodar, porque ya venía rodando él de por sí, sino un gran trecho adelante en su camino, quedándose ella atrás (y retrásada sigue).

Pensando en esto, advertimos que los españoles no tienen conciencia plena de lo que en la historia de la civilización y progreso humanos significa y vale el descubrimiento de América. ¡Si es casi llamarse á la parte con Dios en la creación del mundo! Porque, si el día de mañana tuviese la humanidad que recomenzar su historia, á causa de alguna gran catástrofe telúrica, como acaso haya sucedido ya más de una vez, habrá entonces, andando el tiempo, quien, de confusas é incompletas tradiciones, saque y escriba un Génesis. Y este Génesis dirá, ó muy bien puede decir, por ejemplo, que «Dios creó dos hemisferios;» que «los echó á rodar, cada uno por su lado, alrededor del sol;» y que luego unos ángeles ó unos demonios (no sabemos de qué harán en aquella tradición los españoles) «juntaron los dos hemisferios, y formaron la Tierra.»

Quizás por esto mismo, quizás por lo mismo de haber hecho tanto de un golpe por el progreso del mundo, la monarquía española ya no puede hacer más, y desde entonces más bien lo viene estorbando. Y quizás por igual causa, por lo enorme de la herejía en que incurrió, sea hoy la más católica. Pues los Papas, que, con perspicacia y fortuna sin iguales, se apresuraron á declarar suyo, en nombre de Dios, el medio mundo acabado de descubrir, no dejarían de ver que la monarquía española había cometido una gran inconveniencia; que era peligroso que siguiese en libertad de incurrir en otras, y que, por tanto, había que cuidarla y vigilarla mucho, no permitiendo que en ella se entregase nadie á la funesta manía de pensar, y mucho, menos á la todavía más funesta de descubrir nuevas tierras y otras cosas que vienesen á contradecir la letra de los libros santos y la enseñanza de los santos padres. Y aun ella misma, la misma monarquía española, comprendiendo que fué, aunque sin quererlo ni saberlo, la gran hereje, pue-

de haberse asustado, espantado de su obra, encogiéndose y aniquilándose, y aferrándose más á la misma fe sobre que había descargado golpe tan tremendo. Así parece que España ha de ser irracionalmente católica, ó no ser. Así parece que España es el concilio de Trento; que es el catolicismo petrificado y cada vez más endurecido; que es y tiene que ser el Vaticano, así como el Vaticano es y tiene que ser España; que entre España y el poder temporal, el Vaticano preferiría á España; y que con frailes y sin frailes siempre ha de ocurrir lo propio.

La verdad es, bien considerado el caso, que si los españoles hubiesen marchado al compás, á la velocidad, que impartieron al mundo al descubrir el continente americano, habrían demostrado ser casi más que hombres, habrían demostrado ser, cuando menos, hombres muy superiores á todos los conocidos hasta entonces y á todos los que después se han dado á conocer más favorablemente. Porque el sólo hecho de asomarse al horizonte para ver como es por debajo el mundo, ya sería gran temeridad y aun cosa impía. Pero lanzarse resueltamente fuera de lo conocido ó sospechado, en dirección enteramente nueva, á lo que podía y debía considerarse como vedado ¿no fué en realidad mayor atrevimiento y rebeldía que querer construir la torre de Babel? Pues eso ejecutaron, allá fueron con Colón los españoles, sin saber si se iban á encontrar de pronto en el infierno, ó, lo que quizás era peor, en el mismo paraíso de donde el mismo Dios echara para siempre á nuestros primeros padres. ¡Cuán grande osadía, y qué odisea! Y si sabían ó creían que nada de eso iban á encontrar ¡qué independencia de espíritu, y que temple de alma! ¡Y luego remachar el clavo! Porque sabido es que los españoles, después de ir y venir varias veces con Colón á través del Atlántico, salieron al mando de Magallanes, y luego al de Elcano, regresaron al mismo punto de partida, *habiendo caminado siempre hacia el Oeste*, prueba evidente de que la Tierra era redonda. Así, pues, no sólo descubrieron la otra mitad del planeta, sino que cogieron los paralelos y los meridianos, que entonces eran líneas rectas; hicieron con cada uno de ellos un círculo, y con todos una red esférica, y metieron en ella la Tierra, diciendo á la humanidad: «hé aquí lo que el mundo ha de ser en adelante.» Y esto es y seguirá siendo.

Todo esto, como se ve, era dar al mundo un tremendo empujón en el camino del progreso. Para esto indudablemente se necesitaba excepcional energía y grandísimo esfuerzo; y no hay que extrañar que la monarquía española viese correr y escaparse el mundo por delante, quedándose ella atrás, como continúa.

Ahora bien ¿será este retraso semipiterno? He aquí una cuestión de importancia que no hemos de tratar ahora, porque merece capítulo aparte, que no dejaremos de dedicarle en la presente historia.

## CAPÍTULO XLI

DONDE SE VEÁ GUÁN FÁCIL EXPLICACIÓN TIENEN LOS CONTRASTES Y RAREZAS QUE Á LA CONSIDERACIÓN DEL HOMBRE ESTUDIOSO OFRECE LA MONARQUÍA HISPANA.

He aquí como habló y lo que nos dijo un día Zaratrústa:

«Hacemos, los españoles, en Europa una excepción y parecemos un problema por la razón siguiente:

La misma distinción que entre flamenco y andaluz hay que hacer entre ibero y godó, llamando ibero al antiguo elemento autoítono con lo que haya podido asimilarse de otros afines, y godó al elemento exótico compuesto del godó mismo y de otros que se hallan llegado á incorporar en él.

Esto así, hay que observar ó advertir que el ibero hace en nuestra historia nacional un papel muy poco airoso. Lo único de que pueden preciarse los iberos es de que, como dice Estrabón citado por Lafuente, «si hubiesen reunido sus fuerzas para defender su libertad, ni los cartagineses, ni antes que ellos los tirios, ni los celtas llamados celtiberos hubieran podido subyugar, como lo hicieron, la mayor parte de España.» ¡Valiente consuelo!

Sea como sea, los españoles que, peleando con los cartagineses, esculpieron la página de Sagunto, eran de raza griega; y los que tanto dieron que hacer á los romanos, aquellos á quienes los romanos temieron y respetaron, fueron precisamente los celtiberos, entre los que predominaba el elemento celta, y más tarde los celtas más puros de las orillas y proximidades del Cantábrico. Los numantinos eran celtiberos; Viriato lusitano, esto es, celta; y celtas eran los cantábricos, ó buena parte de ellos, que tan bravamente resistieron el empuje de las legiones de Augusto.

En cambio la fuerza de los iberos



# "EL MOTÍN ECLESIASTICO"

(RESERVADO AL CLERO)

## A UN FRAILE, Y A MUCHOS

Rdo. P. Fr. Antonio del Río,  
carmelita descalzo, de Córdoba

Muy señor mío y desconocido amigo: A mis trece años de edad perdí a mi madre; si ella viviera, y hubiese de comprar su cariño con un crimen... no sé si tendría valor para dejar de cometerlo, ó para cometerlo, pues tampoco sé a punto cierto en cuál de los dos extremos se halla la virtud ó el vicio.

Sé que el amor al padre no es tan pasional como el amor a la madre; y el amor a mi padre, a pesar de haber salido de su fado a los nueve años de edad y de haber hecho ambos muy poco para avivarlo y fomentarlo, estuvo a punto de hacerme criminal. Diré cómo.

Mi padre era ya casi octogenario; toda su vida la había consumido en la defensa y práctica de la piedad bajo la ciega obediencia del confesor y del párroco. Aunque de buen criterio y de una extraordinaria energía de carácter, jamás me atreví a cuestionarle sobre cosas religiosas, por miedo de someterle a la horrible prueba de sentir, con la pérdida de la fe, que le robaban el tesoro que en el cielo había seguramente ganado con los cinco mil rosarios que había rezado, con más sus treinta mil padrenuestros, con las cuatro mil misas que había oído, con las ochocientas comuniones que había hecho, con sus cuatro mil ayunos, sin contar los millones de jaculatorias, los rompimientos de rodillas, los madrugones para ir a la iglesia, los catarros cogidos, los afanes tomados para educar los hijos en la piedad, los daños, azares y destierros de las guerras civiles, las propinas dadas a la Santa Iglesia, y demás congojas terrenales con que el Padre Santo hace comprar acá el *ciento por uno* de allá. No tuve valor para exponerle a acabar su vejez arrebatándole la *creencia* en este tesoro inmenso que hacía su mayor felicidad, llevándole a la creencia de haber sido víctima de un engaño irreparable que ya no tenía modo de rectificar y a cuyos autores no podía castigar debidamente. ¿Qué podría haberle dado yo en cambio de esta bella ilusión, cuando se bamboleaba sobre la tumba? ¿Cuál rabia y coraje contra la Iglesia no debiera haber sentido al conocer la maldad de que había sido víctima? ¿No habría sucumbido de tan honda sensación?

Por esto, lejos de cuestionarle, rehuía las cuestiones que él me presentaba, y procuraba tranquilizarle en su fe y a confirmarle en aquellas prácticas que no podían ya desarraigarse sin destruir su ser.

Y mientras él vivió, no me atreví a desprenderme francamente de la hoga clerical, por saber que ya aquel organismo decrepito carecía de fuerza para sobreponer al sentimiento de *padre de su hijo*, el horror que mucho antes de ser yo su hijo y de ser él padre, la Iglesia

le había obligado a sentir hacia el *apóstata*.

Pero la Iglesia, la hiena Iglesia, la fiera Iglesia, había de pagarme esta delicadeza filial que resultaba en su provecho, con un atentado que no podrá pagar con la vida de todos sus pontífices.

Un día, el obispo de Vich, ejerciendo de verdugo voluntario y precoz de esa hiena, publicó un edicto de excomunión contra mí, ordenando que fuese leído en la misa solemne de sus parroquias, a la cual habría de asistir seguramente mi padre, con la agravante de carecer de jurisdicción para tal acto, engañando miserablemente a los ignorantes fieles.

Al tener noticia de tal edicto cegáronse mis ojos, aturdiéronse mis oídos y quedé obsesionado mi cerebro con la pertinaz idea de que el obispo convertía su pluma en venenoso dardo de muerte contra mi padre, disparado traidoramente desde el mortero del Boletín; sabía que mi padre no resistiría al golpe y quedaría asesinado en el templo; y me apresté a recibir «a noticia de este asesinato aleivoso, para jurar no admitir reposo hasta haber lavado la sangre de mi padre con la del asesino».

No ocurrió; el párroco, a pesar de ser silvestre, se horrorizó de este crimen, se rebeló contra el obispo y se negó a hacerse cómplice del acto. Pero el *atentado episcopal* quedaba realizado; contra este edicto, mil veces inícuo, requerí al Papa, que con su silencio se hizo solidario del atentado; lo denuncié a los obispos españoles, que correspondieron de igual manera; y desde entonces, para mí la Iglesia es el cobarde asesino de mi padre; la que no le mató fiera, pero que quiso matarle *para mí*, matándole el cariño al hijo y haciéndole sentir en el hijo el odio al *apóstata*. Levantáronse luego las censuras; pero aquel *verdugo* tan feroz en la matanza no ha sentido barruntos de restaurador de la fama.

Por no precipitar la muerte de mi padre pasé lo indecible. Murió, y al morir, quedó roto el último lazo que contenía mi enojo, y sobre su tumba fui a jurar la venganza. Y no pasa día, si ya pasa hora, en que en mis actos no sienta la necesidad de vengar aquel atentado contra un hijo y contra un padre, y además los engaños con que la Iglesia ha abusado, explotado, robado, escarnecido y ultrajado mi familia y todo mi linaje. Esa es la cuenta que tienen conmigo papas, obispos, frailes y clero, contrainda voluntaria, pífida y astutamente, sabiendo que carecían de solvencia y de garantía para el pago; y esto es lo que, no pudiendo cobrar, he de vengar, procurando arrancar de sus garras tantos individuos cuantos hayan sido mis parientes y antepasados por ella seducidos y hechos víctimas.

Todos los daños que han experimentado los míos, todos los robos furtivos,

todos los engaños, todos los sacrificios, todo eso se condensa y vive en mí para producir un odio infinito.

He aquí lo que he hecho por mi padre...

¿Por mi madre? Yo estoy seguro de que por mi madre habría sido mil veces gustosamente criminal; yo sé que las mandíbulas de mil argollas no me habrían hecho estremecer, si tras ellas hubiese visto la divina sonrisa de mi madre; y que por ella los crímenes me habrían parecido heroicidades y la muerte me habría parecido pequeño obsequio de quien la arrostró inminente para darme a mí la vida.

Hace treinta años que mis ojos físicos dejaron de ver a mi madre; pero en el corazón la llevo viviente, en esa continua plática de las almas. Y por ella hago mucho, y ella es una de las musas que me inspiran y uno de los impulsos que me mueven y una de las evocaciones que me consuelan. Por respeto a ella jamás blasfemaré lo que ella adoró; jamás profanaré lo que ella besó. Las fábulas, embustes y supersticiones que entretuvieron sus fantasías, las imágenes que contemplaron extasiados sus ojos, las medallas que besaron sus labios, cuando perdieron ante mí su mérito intrínseco, y vi la falsedad de su brillo y el sofisma de su engarzamiento, dejaron de ser para mí talismanes de virtudes sobrenaturales; pero conservaron el perfume de aquellos labios, el reflejo de aquellos ojos y la poesía de aquellos encantos de *mi madre*, y las venero como joyas, de ningún valor para el hombre y absurdas ante la razón, pero preciosas para el hijo y deliciosas para la afectividad. Y esto le servirá para entender el *tono* de muchos actos y escritos míos acerca de las cosas religiosas. Cuando observe que me poseo de veneración para ellas, sepa que siento y venero en ellas la ilusión a *mi madre*; cuando las combato con rudeza, es que siento el daño que hicieron a *mi madre*; cuando vea que las contemplo con tristeza, sepa que las miro como hojas de flores secas, como grotescos dijes, como recuerdos únicos de esa *madre mía*, a quien durante tantos años y en tantas ocasiones he de invocar como única amante.

¿Qué le diré, pues, a usted, en respuesta a su carta?

Si el hombre fuese sólo un cerebro, buscaría la seca é inexorable *Razón* para darle un guía en su camino; pero ¡ay! el hombre no es sólo cerebro, sino que es también corazón, y es estómago, y es sexo; y se mueve al impulso, ora del uno, ora del otro de estos órganos anímicos, sin que la Filosofía haya logrado hallar la norma del turno perfecto que deben guardar en la dirección de nuestros actos para establecer el perfecto equilibrio y armonía de la vida humana.

¿La Pasión y la Razón!... ¿Sabe usted cuál de las dos es más sabia? Yo me vuelvo loco en estas investigaciones, y aun llego a ver que la Razón no es más que una pasión como otra, y que en el orden impulsivo no es más que el conjunto sintetizado y condensado de todas las pasiones. Así como veo que en los grandes conflictos de la vida la Razón enmudece, confesando su necesidad, y sólo la Pasión halla solución a todos los trances.

Pero cuando usted me pregunta, se



dirige al cerebro y á la Razón, y no á la Pasión; y en este sentido habré de evacuar la difícilísima consulta que me hace, y que, aunque motivada por usted, trataré como si la firmaran los centenares y millares que se encuentran más ó menos avanzados y coartados por igual causa en el camino que usted intentó emprender, y en el cual le ha arrestado el cariño de la madre.

..

También más de una vez hube yo de luchar contra este obstáculo en el camino seguido, preguntándome mil veces: «¿Qué diría mi madre si me viese... si me oyese...?» Y le confieso que me ató muchas veces los pies y manos y me trabó la lengua y me dió vértigo á la frente; hasta que un día se me ocurrió este pensamiento: «si mi madre hubiese visto lo que yo, sabido lo que yo, pasado lo que yo; si ella hubiese conocido la maldad, crueldad, inmundicia, vicio é infamia que hay dentro de la Iglesia al otro lado del velo que oculta el *Sancta Sactorum* ó la *spelunca latronum*; si hubiese sabido que cuatro miserables obispos habrían de tratar á puntapiés al hijo de sus entrañas; que un simplicísimo italiano llamado papa había de escupir, ultrajar y abofetear el rostro de aquel hijo que ella con tanto embeleso había besado; que la Iglesia convertiría el título de madre en cruel madrastería... si esto hubiese sabido... ¿me habría llevado á ella? Y si pudiese calcular los horribles sufrimientos de mi alma, y me viese ahora ¡á su hijo! destrozado por los zarpazos jesuítas, picado de las víboras de la Buena Prensa, atado al potro de la Disciplina, vejado, expoliado é infamado ¿no me arrancaría de las garras de la Iglesia como leona que disputa sus cachorros del poder del que se los arrebatara?»

Y este pensamiento me puso sinceramente de acuerdo con mi madre; y así como yo, cuando sabía menos que ella, sentía lo que ella y como ella, así ahora ella siente lo que yo y como yo, y llora el haber sido ella quien, engañada, me llevó á los antros del templo; y aun me pide que procure vengar el inculcable crimen de haberse valido de una madre para endogalar y hacer desgraciado al hijo. Y desde entonces, ella me anima á luchar, y me exige que luche, y me acompaña en la huida y en el ataque después de descubierto el engaño, como antes me acompañó á la sumisión. Porque yo sé que mi madre buscaba la Justicia absoluta, la Verdad eterna, la Belleza infinita, la Bondad inagotable, simbolizadas en Dios y en Cristo; y ahora está convencida como yo de que Cristo y Dios se hallan en todas partes, incluso en sus blasfemos, menos en la Iglesia, centro de Iniquidad, de Horror, de Mentira y de Despotismo. He aquí resuelto para mí el problema.

..

Pero mi madre vive en mi espíritu libre de sus prejuicios y de las sugestiones clericales; ya de usted vive envuelta todavía en la grosera carne, sometida á esas influencias, y hace inútil para usted aquella solución. El caso es distinto y la solución ha de ser distinta también.

Por lo que usted cuenta, su madre le ha rechazado al saber su salida del con-

vento, por sugestión clerical. ¡Pobre mujer! Ella no es absolutamente madre; lo es solamente condicional. El clero ha devorado su corazón de madre: quiere ser madre de un fraile, pero no de un hombre. De las caducas que al parir arrojan las madres, la suya le ha hecho un hábito carmelita y sólo reconoce á su hijo por la caduca.

Déjeme descansar... Necesito recobrar fuerzas para describir este cuadro. Agradézcole que me haya autorizado para publicar su carta. Considero muy útil que estos escritos puedan llegar al público para instrucción de madres y de hijos.

S. PEY ORDEIX

## El honor de Verdaguer

Verdaguer es nuestro; fué víctima de su propia virtud y de su mérito eminente. No podían los frailes llevar en bien que un clérigo secular escalase las cumbres de la santidad y de la genialidad, atrayendo la admiración mundial, y POR ESTO, sólo por esto, acumularon sobre él la baba de sus inmundas lenguas los jesuítas y frailes de todas layas.

No podían soportar que un simple sacerdote les sobrepusiese en celebridad, fama y estima pública los ilustrísimos Zurrupetas salidos de las faldas de las cocottes ministeriales, y los canónigos de las zarrias de las adúlteras aristócratas ó de los vicios secretos de los obispos; y obispos y canónigos cayeron sobre Verdaguer con el desdén antolinesco del de Jaca y con el olímpico desprecio de botarates vestidos con capisayos.

Y Verdaguer fué víctima. ¿Por qué? Nadie lo sabe. En la curia de Barcelona se guardan ocultos los expedientes vergonzantes manidos y tejidos por la ingratitude de patrocinados deformes, por la envidia y por el despecto.

Y de aquella gloria nacional, protomártir del jesuitismo episcopal y papi-sero, de cuyo cadáver quisieron apoderarse á última hora los gitanos del catalanismo y los judíos patrioteris; de aquella figura que brilla inmarcesible en el altar de la historia, he aquí lo que todavía cuenta un diario del día 18:

«La infamia con que algunos malos catalanes mancharon el glorioso nombre del sublime cantor del «Canigó», y que le precipitó la muerte, aún perdura ocho años después de su fallecimiento. Sus paisanos, sus colegas tal vez, no conocen la piedad, son terribles, no perdonan al poeta ni aun cuando la tierra ha reintegrado en su seno sus restos mortales. Su frente está en los cielos, pero sus pies se hunden aún en el fango humano de su pueblo.

Véase las siguientes líneas que insertan casi todos los periódicos:

«Acaba de publicarse la obra póstuma de mossen Cinto Verdaguer «Eucarístiques», editada por les seves hereues ab intestat, Francisca y Miquela Verdaguer, germana y neboda, respectivament, del poeta.—Preu, dues pesetes.

«Pera les demandes, dirigir-se á don F. Puig. Llibreter, plaça Nova, Barcelona.

«Nota: Les editores, que han recullit la herencia de mossen Cinto, rebutjada pels seus hereus testamentaris, fan present al public el goig ab que contenen la seva tasca de rehabilitar la bona memoria del eminent poeta, pagant ab el producte d'aquesta obra els deutes que deixá al morir, com també hi dedicarán el de les demés obres qu's proposen publicar, rescabament els drets d'herencia, que no han sigut degudament respectats.»

¿No hay nadie que pueda poner en claro lo que se esconde en esta herencia renunciada, que se ven obligadas á recoger por piedad unas pobres mujeres campesinas, para preservar de la deshonra la memoria del poeta, honra de Cataluña? ¿Es este el monumento que le erigen los potentados, á los cuales glorificó en sus obras?

## El clero italiano camino de la emancipación

Si el modernismo no ha encarnado en el clero de una manera decisiva, se debe á que la gran mayoría de los sacerdotes, económicamente dependen de la Iglesia. Es muy digno de tener en cuenta, con este motivo, que el Estado que á grandes voces proclama su neutralidad é incompetencia en materia religiosa, reconoce con manifiesta contradicción, que no puede haber catolicismo fuera de Roma y que los fieles no tienen libertad para dedicar sus iglesias y sus bienes á otros cultos. Por esta obstrucción, los sacerdotes que quieran sustraerse de la esclavitud de Roma, deben—desde el punto de vista económico—buscar sus recursos fuera de la Iglesia. Esto, sin embargo, es cosa extremadamente difícil, pero no obstante pueden presentarse ocasiones particulares que no deben desperdiciarse en manera alguna.

En Italia, por ejemplo, había necesidad de más de 20.000 maestros de instrucción primaria. ¿Donde, pues, hallar medio más viable y á propósito para emplear su actividad, aquellos eclesiásticos que, aún queriendo permanecer sacerdotes, ó á lo menos en comunión de ideas con sus correligionarios, deseen acometer la lucha contra el Vaticano?

Los exámenes no han de asustar á unos doctores en teología, y las retribuciones, aunque modestas, han de parecer siempre suficientes á hombres habituados á vivir miserablemente, máxime estando así en condiciones de buscarse por otra parte una situación no sólo más brillante y mejor retribuida.

Sabemos, y por el mejor conducto, que la idea tiene todas las simpatías del Ministro de Instrucción Pública.

Si algunos miles de sacerdotes así dispuestos y organizados emprendieran una campaña modernista entre el clero y el pueblo, provocarían una verdadera revolución religiosa en Italia.

Hé aquí la gran cuestión hácia la cual nuestros amigos de Italia deben dirigir todos sus esfuerzos. Por que si no nos engañamos, á los sacerdotes está encomendada la gran obra de librar á Italia del clericalismo.—L. PARDO.

(De la *Revue Moderniste Internationale*.)